

Isaac de Vega

PARHELIOS



taller ediciones JB

Isaac de Vega nace en 1920 en Granadilla (Tenerife). Estudia en la Escuela de Magisterio y en la Universidad de La Laguna, ciudad de su residencia habitual. Cada vez que puede, pasa largas temporadas en Igueste, San Andrés, en las tierras de Anaga.

«El alma de las cosas» fue su primer cuento publicado, *Tenerife Gráfico* (1950); colabora en la *Gaceta Semanal de las Artes de La Tarde*, desde 1955 hasta 1962 con una treintena de cuentos y otras tantas notas literarias. Más adelante en *El Día* y *Antena* con artículos literarios y cuentos. Su primera novela *Fetasa*, Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife, 1957, obtiene el Premio Viera y Clavijo; reedición en I. P., Las Palmas, 1973. Segunda novela, *Antes del Amanecer*, Gaceta Semanal de las Artes, Santa Cruz, 1965. *Los cuatro relatos*, Ediciones Nuestro Arte, Santa Cruz, 1968.

Ante el profundo extrañamiento de *Parbelios*, de Isaac de Vega, el lector se inicia, posiblemente, hacia una nueva pedagogía de la imaginación, de cósmica naturaleza y ancestral energía, poderosamente humanas: el hombre contemporáneo asume la conquista de la libertad. Y en su insurrección radical, última, «atraviesa el espejo de la irrealidad (el cuadro de Manero)» y recorre todo su territorio acompañado familiarmente por otros seres también humanos con todos sus atributos. Pero este mundo (real o *mental*) está entronizado por una figura que mueve todos los hilos de la vida: el Tirano. Después de regresar de este quimérico viaje, después de concluir esta fabulosa persecución del hombre consigo mismo, ¿qué sol propicio, entre toda la manada de soles, es el que alumbra con verdadera luz la libertad del hombre?

Isaac de Vega, el mayor exponente de la actual narrativa canaria, va al aire de su tierra y es, nunca mejor dicho, un «solitario solidario» comprometido hasta su más íntima raíz con la soledad comunitaria del alma insular.

BiblioteCan

taller siete

Serie: Creación literaria

PARHELIOS

Para Jose Luis Gallardo
con el afecto del
Miguel



ISAAC DE VEGA

PARHELIOS

Canarias

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIAS
 N.º Documento 51519
 N.º Copia 63305a



Taller de Ediciones
 Josefina Betancor
 Madrid 1977



- © 1977 Isaac de Vega
© 1977 Taller de Ediciones Josefina Betancor
Calle Ambrós 8
Teléfono 255 12 66
Apartado de Correos 9129
Madrid 28

Derechos exclusivos de edición reservados
para todos los países de habla española

ISBN 84 7330 076 9
Depósito legal: M 39440 1977

Cubierta: Felo Monzón

Impreso por
Breogán, I.G., S.A.
Barómetro 8
Torrejón de Ardoz (Madrid)

Impreso en España
Printed in Spain

CAPITULO I

Sería casualidad que alguien, fuera de cierto círculo, conociera los extraños cuadros de Manero. Uno me impresiona: dos espantapájaros crucificados en unos palos. Los brazos en alto como en los fusilamientos de Goya, el cuerpo y la ficticia cara en trance de disolverse. Una apariencia de carne, fibrosa cera inmunda y agoniosa, en intento desesperado e inútil de mantener su forma; se estira, se descompone... Y por detrás de ellos unos campos de rastrojos pardos, y sobre negro horizonte unas franjas rojizas y amarillas. Manchones confusos figuran un cielo que nunca ha existido. La angustiada factura pone en sus caras una sonrisa de muñecos de trapo, sonrisa de ruina, mueca de momia embalsamada hace cuarenta siglos. Y se siente que no hay pájaros que espantar, ni ninguna otra ave, ni ninguna clase de vida. Los rastrojos no son de trigos ni de hierbas: manchas, pinceladas que ocultan y se disfrazan. Cuando por la tarde, bajo cierta luz, el cuadro se enciende y se llena de atmósfera y de calor, se acentúa la impresión de un mundo desierto, anhelante de que, por lo menos, un perro atravesase su paisaje y que respire de su aire.

El pintor, Manero Gil, hace veinte años que no trabaja. Fue afirmación de juventud. Hoy es un hombre hosco y reseco a quien casualmente conocí y que, con indiferencia casi desdeñosa, me lo regaló.

La soledad de ese cuadro, en mí a veces quebrado pensamiento, es la creación de otro mundo, otro planeta Tierra que no es el nuestro. Soñar en huir hacia dentro del cuadro, como en otros realizaron otros hombres, caminar por su campo nuevo donde no hay animal ni persona y sí sólo su magnética vegetación; caminar hacia el oscuro horizonte, una laguna oculta por plantas pantanosas, llegar más atrás y perderme más lejos de lo que el espectador puede desde fuera contemplar. Y una vez traspasado este cuadro, este plano primero, está uno seguro de que, aunque no aparezcan hombres, sí habrá muchos pequeños animalillos y que los lagos y los arroyos tendrán sus aves y sus lentos peces multiformes. Podrás sentarte a sus orillas y dejar que las horas pasen mientras el viento mueve las hierbas y lo alto de los árboles. O echarte de espaldas a tierra y ver cómo pasan las nubes, cómo brillan las estrellas. Ser, en ese planeta, como el único centro del Universo, en que los días se sucederán apacibles e infinitos. Nadie podrá intentar aconsejarte, porque no hay nadie. Ni el político vociferará lloroso y mandón: «¡Nuestros niños abandonados, nuestros niños tristes! Hay que llevar alegría a sus corazones, juguetes a sus manos. Darles libros. Hacerlos verdaderos hombres. Si no nos esforzamos en ello, en el día de mañana, ¿qué

clase de cadáveres vamos a sepultar en nuestros cementerios?».

Pero estas ideas se me ocurren cuando estoy así, como ahora, mordido por la inseguridad de una conjetural injusticia. Cuando las leyes las hacen esta y otra variada gente, y la hacen cumplir sobre tu corazón. Supongo que ellos tendrán una grande y honesta satisfacción.

Estamos aquí, ahora, precisamente en pretendido olvido de esos caóticos rencores. El Tirano ha dicho: «Venid, hijos míos. Arreglamos las diferencias. Colaboremos todos juntos para un fraterno futuro»... Oblígate tú también, pobre diablo, deja tus paisajes de espantapájaros, de bosquecillos serenos, de tranquilos arroyos. Busca otra compensación a la mediocridad de tu vida. No te engañes con esa farsa de vivir peligrosamente, de ser motor de importantes acontecimientos... Ya te compensan. Debes envanecer de estar con éstos. Te convocan con los grandes... Vamos a esa fiesta de la reconciliación, a la gran concentración de la Unión de las Ideas, y demás literatura. Están convocados los hombres importantes del país, y también los hombrecillos que pueden llegar a serlo. Es preciso honrar a los futuros Nobel, que cualquiera sabe.

Este paisaje, el de fuera, es diferente, pero es el de todos. Lo vamos atravesando, traqueteados por nuestros coches. Avanzábamos por la deshecha carretera, sin firme alguno, hundidas las ruedas en los profundos surcos laterales. Cruza campos

de matorrales y llanos desérticos. A ambos lados, el paisaje se diluye e incapacita para retener la atención.

Conseguimos apoderarnos de un viejo automóvil descubierto: nosotros dos, yo y Samuel. Y otros cuatro más, gente de arte y de letras que de tanto verla conocíamos. Seguían y precedían otros coches cargados de personas de su categoría. Y tipos de la industria y del comercio. Que ya se sabe que son razas inferiores. Todo lo que produjera la intelectualidad de los últimos años. Una confiada mezcla de lo regular y lo mediano.

Iban contentos en éste y en los otros automóviles, invitados a una magnífica fiesta en su honor. El señor Presidente requiere su presencia, les concedió categoría. Los espera en el magnífico y tremendo palacio nacional, en el lejano palacio nacional, edificio enorme que levantó en el centro de la estepa.

Las sonrisas nacen fáciles en los labios de los viajeros. No puede haber, ahora, preocupación que marchite la particular euforia. Se habla mucho. Una delicada pedantería enmalla la gracia de las conversaciones.

El día es de sol fuerte. Miro hacia la carretera atraído por su, momentánea, exagerada pendiente. Los neumáticos se hunden en una casi líquida masa de polvo. Pero la mente huye y uno vuelve al grupo. Como si entre las gentes del coche y el exterior se alzarán aisladores tabiques.

Sí; la energía está dentro con la emoción del viaje, de la convocatoria. El gran personaje, el pre-

sidente autodesignado de la República, nos ha invitado. Puso los coches a nuestra disposición. Nos obsequiará con un banquete. Un festival maravilloso que, indudablemente, tendrá su importancia pasado el tiempo. Un hito.

Esta condescendencia ha hecho que nos sintamos intensamente humanos; un calor de camaradería se da y se recibe y crea un ambiente perfecto, sin problemas mayores. Y por ello mismo no profundizamos ni tiene valor mediano lo que estamos hablando. De estos que me acompañan en el viejo coche, alguno ha sido mi maestro y mi relación con ellos posee una especial tonalidad. Yo tengo veintinueve años y Samuel veintisiete. Durante unos cinco hemos recibido sus doctrinas.

—No quedará nada. Nada quedará, nada —decía Samuel, repitiendo la frase. Habla de un escritor en boga. Citen ustedes una sola de sus obras que dentro de diez años pueda considerarse como una buena novela. No la encontrarán.

Tendía sus manos en ademán petitorio.

—Hombre...

—Uno de mis maestros, que siempre encuentra algo estimable en la más baja cosa, argumenta, ordenadamente y partiendo de raíces, en contra. Yo pienso también en lo expuesto. Existe un rechazo desagradable al rozar la posibilidad de que todo sea banal. A veces se piensa en la inutilidad de todo lo que es arte, en su falta de seriedad, su intrascendencia, su incomunicabilidad frecuente... Pero en esta ocasión falla el pesimismo. Hay una

fuerza extraña en la creación, quizá lo único a tener en cuenta en cuanto se es un hombre.

Mientras tanto, en cortos y vagos atisbos percibía la excesiva pendiente de la pista, la mucha cantidad de polvo y la invariable aridez de los campos. Únicamente en la caravana, en los grupos de los automóviles, existe una vida varía, matizadora y, dentro de lo correcto, explosivamente vital y bulliciosa.

Algo dije sobre ello. El maestro me dirigió una liviana sonrisa en la que había, a la vez, comprensión y fingida extrañeza de que no hubiera dado por resuelta la dualidad. (Iba por otros caminos.) A estas alturas no cabe otro remedio que decidirse. (Yo era el que no comprendía.) Dijo:

—Vivimos conjuntamente, no nosotros, aunque más próximos, sino muchísimos más, todas las personas. Hay hechos a los cuales no se les puede dar la vuelta o eludir. Son forzosos. Los acontecimientos se suceden, se desarrollan las ideas y las concepciones. A través de todos ellos, cuyas actividades le parecen a usted dudosas, esos grupos de hombres están siempre presentes. Y más destaca su importancia si se tiene en cuenta que, por lo general, se hallan en oposición con el resto de la sociedad o, por lo menos, aparte. Si fueran una manifestación artificial se hubieran hundido en cualquiera de los sucesivos vaivenes de los tiempos.

Yo, resignadamente, asentí con la cabeza. Samuel, preso en su afán contradictorio, rechazó:

—Opino que eso es falso. A nadie le interesa, en el fondo, nada. Ni un cuadro, ni una poesía. Falsa

es también la pretendida necesidad de comunicación, como impulso que responda a supuestos no bastardos.

Hizo un gesto con la mano, pidiendo espacio.

—¿Han meditado ustedes seriamente acerca de cuáles son los motivos que impulsan a un escritor a escribir, motivos netos y puros, claramente artísticos e irrefrenables, como se pretende?

Sonrisa y silencio. No obstante, no se iba a dejar la respuesta en blanco; pero las malas condiciones del trozo de pista que entonces atravesábamos no permitía la necesaria tranquilidad corporal para responder con sutilezas distintas a las históricamente empleadas desde los tiempos de Platón hasta los nuestros de Marx. Los baches obstaculizaban la concentración adecuada. Nuestro coche procura acercarse al borde en busca de un piso menos hollado. El atasco de alguno de los que estaban en cabeza detuvo por unos minutos el total de la caravana. Entonces fue cuando me encontré de nuevo con Domingo.

Domingo estaba en un coche descubierto, largo, más antiguo que el nuestro. Sentado al lado del conductor, aparece hierático, impasible su cara, importante al mismo tiempo, mezcla de caballero y de campesino, seguro de sus altas dedicaciones. La reanudación de la marcha me impidió llegarme hasta él. Tuve deseos de saludarle. Su proximidad me produjo ganas de reír, posiblemente sin mucha justificación. Hasta el perdón o amnistía concedida por el Tirano había sido mi guardián y confidente.

Ahora está todo perdonado y el Tirano nos halaga. Pero yo pasé un tiempo descentrado, fuera de mi lugar, en aquel poblado periférico y lejano. Un día contaré mi viaje hasta allí y mi conocimiento con él, con Domingo, hombre que al parecer disfrutaba de facultades extraordinarias.

Pasó el tiempo suavemente. Horas de viaje en nuestro antiguo automóvil. Unas horas que pasaron sin aburrimiento, con apenas un descanso para tomar unos bocadillos, porque una tensión de espíritu había elevado a éste y centrado sobre un molde idóneo, sobre un alto lecho, su situación relativa. La gente estaba realmente espiritual.

Así, el palacio apareció casi de improviso cortando nuestras frases y agudezas. Un canal pequeño corría al lado de la carretera, cubierto, desde muy lejos, y entraba en el recinto. La impresión primera fue confusa. El edificio da impresión de achatamiento y su estilo, para mí desconocido, no deja de tener cierto encanto o, más bien, una dura y semioculta belleza. Le rodea un gran parque y a éste un muro de altas verjas de hierro cuyas lanzas alineadas le aislan de la estepa. En una nueva observación ineludible suscita más agudamente la atención. No es imitación capitolina ni construcción geométrica de vigas y cristal. Existe una verdadera categoría y originalidad que mi escasa educación en este campo hace parecer extrañas... Esta es la futura capital, todo lo que hasta hoy se ha hecho, además de la pista que acabamos de recorrer, de doscientos ochenta kilómetros. Un campo

de aterrizaje en iguales pésimas condiciones y una presa que toma las aguas de un arroyo invernal encajonado profundamente en el suelo.

Ahora es otra la situación. Decimos frases cortas y ligeras, señalamos detalles. Un rústico nos abrió la puerta exterior y los coches penetraron como quinientos metros en el extenso parque. En contraste con la aridez de fuera, de gran sensación de frescura y vitalidad. Los árboles, tamarindos, laureles, acacias, son jóvenes. Junto al edificio hay parterres de rosales donde pequeñas plantas dan unas pocas, pero enormes rosas blancas, delicadas y cuyos pétalos amenazan caer.

—Encantador.

Nuestra tropa tenía una expresión, un tanto falsificada, de ingenuo y puro asombro. Contribuía a ambientar la comedia una tarde ya declinante, pero de luz viva e intensa proveniente de un horizonte sin nubes. Seguimos adelante caminando. Revistamos una corta hilera de gladiolos de roja cresta de gallo. Tal vez alguien meditaba una frase para dirigir al Tirano alabando la calidad del jardín.

Después penetramos en el palacio ante la guardia de dos hombres sin uniforme, aunque daban la impresión de tenerlo. En el gran vestíbulo se rompe el encanto de la forma exterior. Parece otro lugar. De las paredes se destacan abultamientos como de columnas, redondos y cuadrados, con antiguas cornucopias. Cubren las paredes cuadros en conjunto dispuestos según sus tonos y tamaños, de diversas escuelas.

La gente murmuraba a mi alrededor, comentando. No presté atención a lo que decían, absorto en la contemplación del vestíbulo. Envidié al jefe y quizá deseara su muerte en un oscuro deseo de sucesión. El, con su poder y dinero, consiguió dominar a quienes pudieran proporcionarle este esfuerzo.

Desfilamos hacia el interior. Uno dijo, irónicamente, a nuestro pintor del grupo:

—Repugnante, ¿verdad?

El aludido le miró de soslayo y se encogió de hombros.

—Siempre he tenido, a pesar de mis extravagancias, la honradez del pobre hombre, que se ha inutilizado para hacer algo maravilloso.

—¿Ah, sí?

El maestro pintor, un poco enfurruñado, no dio más explicaciones.

Avanzábamos con cierta expectación a la espera de que de un momento a otro apareciera el Tirano para recibirnos; para saludarnos y estrechar nuestras manos, uno a uno, en sus gruesos labios una sonrisa especial propia para estas ceremonias. Casi se siente la impresión de su proximidad corporal, cercana, enervadora por su gran vitalidad... De esta tesitura nos fuimos distribuyendo por un salón alrededor de unas mesas que tenían centralmente un gran ramo de flores, y en su longitud, una hilera de botellas. Este salón no tiene ventanas al exterior ni es rigurosamente geométrico. En su periferia se encuentran entrantes, como pequeñas abiertas criptas. Su belleza se hace consistir

en una combinación cromática de diversos materiales: piedras rosadas lisamente pulidas o únicamente talladas. Estaban colocadas a manera de frisos, sin leyenda alguna. En el techo adoptan un entrecruzamiento geométrico. Era como si hubieran cubierto totalmente las paredes con láminas de piedra, ónices, mármoles, en un intento de decoración abstracta.

Nuestros ojos se apartaban de las mesas y resbalaban por el techo y los muros del recinto. Había una atracción hacia la periferia, hacia el orden confuso que, por lo menos yo, no podía asimilar.

No apareció maestra sala alguno que nos dirigiera. Transcurrieron indecisos minutos hasta que nos fuimos sentando. Esperamos, movimos de lugar los cubiertos. No llegaba el Presidente para darnos la bienvenida. Ni siquiera un ministro o secretario. Se alargaba el tiempo. Tímidamente hacíamos algo, tal como golpear ligeramente las copas de diferentes tamaños. Las luces estaban encendidas y se veía escapar el humo de los cigarrillos por unas irregularidades laterales en la unión de las paredes con la cubierta. Numerosos camareros trajeron unos entremeses que, en principio, no tocamos.

¿Cuándo se presentará el Tirano?

Aumenta la impaciencia de los visitantes. Los criados siguen sirviendo cosas, sin decir nada y con encogimientos de hombros a las preguntas que se les hacían. Desencantados, nos decidimos a empezar.

Después, el murmullo que era la conversación se transformó y se hizo más claro y alto. Las personas ingeniosas elevaron la voz y sus palabras se entendían hasta cierta distancia, así como sus particulares inflexiones. Se empezó a comer y a oírse el tintinear del cristal y el gorgoteo de las botellas.

Antes de conocer, a un paso, al Tirano, le tuve por un hombre como los demás, como supuse que habían de ser los de su clase, marcados por casi un marchamo profesional: gesticulante en sus discursos, manipulador, con sus pausas estudiadas y sus elevaciones de tono. Su alta figura bien alimentada y sus gestos bruscos, decisorios y oportunos. Una única vez estuve a su presencia y cambié con él algunas insignificantes palabras. Acompañaba a un activo historiador danés que venía fuertemente recomendado. Este era un hombrecillo rubio, de gafas con montura de oro y apariencia enérgica.

Nos recibió sentado plácidamente detrás de la monumental mesa de su despacho, y tras unos momentos y unas sonrisas se nos unió más íntimamente, más próximo, en unos sillones repujados que se encontraban a un extremo de la habitación y ante un gran ventanal. A su través se divisa un patio, unos metros más abajo, por el que paseaba algún policía.

—Tengo mucho honor en poder atenderle, señor profesor —se inclinó el Tirano. Procuraré complacer a mi buen amigo, el señor embajador de su país.

El profesor también se inclinó ceremoniosamente, aunque en su aire había un cierto tufillo inconsciente de superioridad. El danés se extendió despaciosamente en unas esquemáticas explicaciones sobre sus proyectos. Su castellano discurre penosamente, pero ciertamente eficaz y preciso.

El Tirano, después de las primeras frases, le dejaba hablar y, en momentos, pasaba la vaga sombra de una sonrisa por sus gruesas facciones y sentencias no dichas se perdían en el aire. («¿Cuándo se pondrá en regla este imbécil?»). Entonces no fue agradable estar a su lado. Era distinta de tal como le conocí en sus actos públicos o discurseando en su balcón, o inaugurando fábricas, donde entonces se mostraba como el padre del pueblo. Ahora es como si dentro de él radicara un gran centro de energías; una irradiación malévola, cree uno, que destaca aún más la fortaleza de su gran cuerpo de enormes manos poderosas. El Tirano está recogido en una dejadez fría, alejadora, cansada. Sus palabras surgen desprovistas de la menor matización afectiva.

—Todo lo que esté en nuestras manos, señor profesor. No es sólo nuestra historia particular, es la historia de nuestro gran continente. Es hacer Humanidad —con su mano izquierda señaló descuidadamente hacia un gran cuadro alegórico. Servirá indudablemente para una mejor mutua comprensión.

Yo también miré hacia el cuadro. En la gran estancia había otros: retratos de anteriores presidentes. Al volver la vista hacia él creí entender que

nos observaba con una ligera ironía. Pero por sobre todo una gran serenidad, una fría serenidad que tenía su mayor exponente en sus ojos, grandes, que apenas parpadeaban y que nos miraban como si viesen cosas sobradamente conocidas. Y también la serena frialdad de su ancha frente, de su voluminoso cráneo.

Influyó su presencia y su hálito en el profesor. Finalmente estaba más humilde y como un poco sorprendido. Debía sentirse acometido de un confuso rebajamiento. Y así dijo algunas palabras en inglés que el Tirano dejó resbalar suavemente por sus pensativas e impasibles facciones. Dijo condescendiente:

—*Las cosas suelen suceder así, señor profesor. Una manifestación equivocada de una forma intrínsecamente noble.*

El profesor no entendió la palabra intrínsecamente, pero no le pareció necesaria para el contexto. Recurrió a suavizar con los lugares comunes acostumbrados.

—*El futuro del Hemisferio y su absoluta integración en el Occidente moderno... La gran responsabilidad que todos tenemos... El mañana, la democracia, el único real paraíso del hombre... El ser conscientes del peso que tenemos que sobrellevar, el dominio sobre desordenadas pretensiones...*

Era mediodía y fuera reverberaba el calor de siempre. Las gentes discurrían frívolas por las calles, o entusiastas y llenas de fe. Y he aquí el hombre que las maneja que, ahora, da la molesta im-

presión de ser de una estirpe distinta. Puede ser un hombre inmisericorde por propia naturaleza sin necesidad del odio y del rencor. El hombre es limitado y no lo puede poseer todo. Tal vez desde cierta altura no se distinguan las personas una a una, sino una gran masa, un concepto abstracto, donde no existen evaluables alegrías o dolores. Sólo un teorema matemático, o lógico, y que es niñería o estupidez pretender refutar. La responsabilidad concluye en que todas las fases de la demostración estén concatenadas y sean consecuentes. Posiblemente tenga que ser así.

Este es un hombre fuerte. Se tiene la sensación de que nuestros voceríos, nuestras ingeniosidades y golpes literarios, resbalan sobre él como el agua sobre el mármol, pero también de la misma manera te aplastará con indiferencia y no se le ocurrirá volver la cabeza para ver tus últimos pataleos. Ni siquiera, en estos momentos, nos ha visto al profesor y a mí; nos ha percibido como una sensación en la periferia lejana de su ser... Se levanta; su alta estatura y corpulencia nos domina. El Tirano se conserva bien, atlético. Los cabellos le blanquean en las sienes formando contraste con el resto, intensamente negro. Nos lleva hasta la puerta y nos deja en las serviciales manos de uno de sus secretarios.

La audiencia duró unos veinte minutos. El profesor está molesto, incómodo. No quiero figurarme lo que pretendería. Yo, por mi puesto en la oficina de prensa, tenía que acompañarle en sus rastreos y servirle de enlace con los viejos archivos y en

otras cosas referentes a su comodidad personal. Pasamos en silencio a través de pasillos y corredores. Ya en la calle, me dijo:

—Su jefe es un hombre duro, sin afectuosidad. ¿Acaso es padre de familia? No sirve para gobernar una nación. El no es el dueño; tiene que aprender que únicamente es el servidor.

Me encogí de hombros, inseguro de si sus palabras eran indicadoras de ingenuidad o tontería del momento. Caminábamos despacio por las amplias aceras de la Avenida.

—Posiblemente —condescendí.

—Cree ser un Zeus omnipotente. Un padre de los dioses —me aclaró. Un Zeus sin debilidades ni efusiones humanas. Con los rayos, sí, y con una inconmensurable soberbia. Un rey-dios de la Antigüedad.

—Sí —reconocí yo. Hasta tiene su majestad y su hieratismo.

—¡Estos tiempos son otros! —protestó. ¡El hombre y su dignidad!

Para mantener la dignidad del hombre cada uno tiene que conseguirla. Es raro que nadie se la conceda graciosamente en un magnánimo regalo. Siempre existen cosas. Yo estaba un poco alerta ante la susceptibilidad del profesor, ante su no muy motivado descontento. De lo que se habló con el Tirano nada hubo que pudiera ofenderle. Todo fue palabras corteses y facilidades.

—Estos dictadores de ustedes tienen la vida pendiente de un hilo. En todo momento se cierne

sobre de ellos el atentado. Todo se transforma en desconfianzas y ven cosas que no existen.

El profesor no cejaba en su obtuso rencor irracional, ofendido sabe Dios por qué gesto. Adoptó una disposición diferente, ahora más tranquila.

—El debe tener cárceles particulares —interrogó— y sus verdugos de los que hacen ablaciones.

Conocía algunos vocablos poco usuales. Repuse:

—Sobre de eso, nada he oído. Pero más bien creo que no se para en medias tintas. O todo o nada, como en los concursos de la televisión.

—¿Los concursos de la televisión?... Hace falta una transformación muy radical. Si no es así el Hemisferio no tiene salvación.

Los sonidos de su castellano resultaban ridículos, igual que cuando en los chistes imitamos el habla de extranjeros. Dureza de las consonantes y alteración del tiempo de las vocales, aparte de algún acento extraviado.

—Ya sabe usted, profesor, que nosotros...

Tuvo una reacción conciliadora. Alzó las manos y me miró de frente, con algo de espaviento.

—¡Oh, no, no! No quiero decir nada de eso. No formo parte de los que dicen tonterías. Conozco gente, he estudiado bien el idioma, estudio historia... Yo exageré en lo dicho. Soy un poco idiota. Usted perdonará.

No quise ser menos y también me mostré apaciguador.

—No tiene importancia y lleva razón en mucho. El Presidente tiene una personalidad notable y no es cordial. Su frialdad infunde desagrado. No debe

tener escrúpulos. Podrá hacer que maten a un adversario y no acordarse ya en los minutos siguientes.

Esta entrevista tuvo lugar hace un año, poco antes de mi destierro, cuando aún estaba al servicio del Gobierno. Samuel, entonces desapercibido, dio muerte a un teniente de la policía, no por motivaciones políticas, sino por una mujerilla de la que estaba encaprichado. Me molesta tenerle a mi lado, ahora, en este fantástico salón, por que tengo miedo por él. Estoy seguro, y él también, de que está descubierto. Esta gente no perdona. Sin embargo, no huye. Está junto a mí, alegre, cínico, en esta mesita para cuatro personas. Los otros: un oficial del ejército, de unos cuarenta y tantos años, delgado, prematuramente canoso. Se le marca muy agudamente el borde inferior de los pómulos, como asimismo las mandíbulas. El otro sería un comerciante rico. En la sala entera unas setenta personas, reunidas alrededor de los figurones o según sus afinidades.

Bebidos los primeros sorbos del excelente vino y dados los primeros bocados, fue aplacándose el acallado y molesto malhumor general. Pero la carga anterior no se abandonó totalmente, sino que, en parte, se introdujo en lo liviano de una nueva charla.

Uno de los maestros hablaba.

—Esto es tremendamente maravilloso, una obra única de nuestro tiempo, segura, sin vacilación o duda. Nos sentimos ante una expresión que es ne-

cesario acatar. Reconocerla como lo hacemos con los clásicos del Renacimiento. Un fenómeno que se impone a nuestro gusto y que actúa con independencia de éste, despersonalizando.

Un señor portador de una anacrónica barbita, puntiaguda y rubia, repuso con una medio sonámbula seriedad:

—¡Precisamente personalizado! Apto para nosotros. Difiero de usted. Esto hubiera horrorizado a un clásico, aún cuando reconozca una apariencia clasicista muy fugaz. En el fondo de todo hay un equilibrio matemático, que es precisamente lo humano.

—¡Paradoja!

El oficial de nuestra mesa se volvió hacia nosotros, un tanto colérico.

—¡Estupideces! —dijo.

Me molestó su intervención injusta. En efecto, las cosas de este lugar, miradas por décima vez adquieren una trabazón congruente. Los materiales, pulidos, tallados y colores se justifican.

—Esto es, también —se oyó próximo a nosotros—, la nueva destrucción de la oposición entre bien y mal. Piensen ustedes que siempre que hubo alguna creación fue precisa la intervención demoníaca. El mal transustanciándose. Las grandes empresas no son indiferentes ni amorales, son fundamentalmente buenas. Sin embargo, y no hay que citar expresamente, todos sabemos cómo se forjó esto y cómo pudo nacer de la calamidad una proyección de este tipo.

—Más interesante, más extraño —cortó un señor regordete, venteando nerviosamente y con un suave espasmo de temor en sus hombros— es su naturaleza anónima. Nada sabemos de los artistas, contemporáneos nuestros, de nuestra edad o más jóvenes, que la han realizado.

—Está fuera de duda —se apresuró a tomar el hilo el señor interrumpido— de que esta magnífica concepción no ha salido de la cabeza que todos conocemos. Y si a ello se refería usted antes con su dualidad u oposición, puede desecharlo. Y en lo que haya tenido de intervención, ésta se daría a conocer por líneas de mal gusto que con atención podrían determinarse... Sin embargo, en nuestro tiempo, reconozco el poco común fenómeno del anonimato.

—¡Evidentemente! —aprobó con calor el señor regordete.

Llevada la conversación a este punto, empujado por ella, me di cuenta de que estaba cayendo, con más fuerza, bajo la subyugación del palacio. Su exterior, el vestíbulo, este salón... Se desprende del conjunto, una vez rota la oposición de cosa nueva, una esencial armonía con fuerza suficiente para penetrar en el espíritu de las personas comunes, sobrepasando su energía el campo de los especialmente educados y de los teóricos.

—A pesar de ello, todo esto se encuentra disminuido, como maldito por su procedencia. Porque la obra de arte no es únicamente obra de arte; es aunación de expresiones, colectivismo, belleza,

producto de una sociedad que se encuentra a sí misma. Pero esto...

Las alusiones despectivas al Tirano inquietaron al señor grueso. Por tercera vez introdujo su cuña pacificadora.

—Es indiferente. Recuerde a los príncipes italianos que la Historia nos muestra como desalmados y crueles.

Se detuvo y luego prosiguió:

—La cosa es como es. Cuando ya está hecha, todos los antecedentes que se le busquen son inútiles, así como también las nuevas relaciones.

El oficial cortó, en nuestra mesa, la audición.

—¡Pero qué ganas de decir tonterías!

Estaba ceñudo, inquieto. Con el dedo índice dio un fuerte golpe sobre la mesa.

—Más que toda esa serie de banalidades, palabrería imbécil, lo que hace falta es un poco de valor. Ser hombre y no tener miedo.

—Eso es lo propio de su oficio —le dije yo. Me miró con desagrado.

—Me refiero a otras cosas —repuso con sequedad—. Aquí está un conjunto de señores que habla mal del Tirano y que, sin embargo, acuden como moscas vanidosas a su banquete. Y el Tirano no se digna recibirlos porque en estos momentos está ocupado en asuntos importantes. Ustedes son muy ocurrentes con sus brillanteces, pero no van más lejos.

—Tal vez porque no pueden —dije, y le pregunté: —Y usted, ¿por qué está aquí?

—Yo estoy por otros motivos. No vengo de pavo real. En realidad es un asunto aparte, puro compromiso. Pero me subleva ver a tantas personas, que se las dan de inteligentes y que se creen la espuma del mundo, rebajarse hasta este extremo. Quizá —añadió meditativamente— no son lo mejor, según ellos creen, sino como una espuma residual, más aire que materia; una frivolidad inoperante. Pero aún así, ¿dónde está la voluntad que dirige, que es capaz de dar forma o de deshacerla

—Sí —se introdujo Samuel—, nosotros queremos tomar lo anecdótico, hilar o meter por la cribadera esas manifestaciones que surgen de los hombres, pero no damos ninguna nota. Si alguna vez tuvimos nuestro propio tiempo, en el que ensamblábamos y movíamos, no es éste precisamente.

—Partiendo de esa sinceridad, le confieso que me carga el irresponsable modo de hablar de ustedes —puntualizó el oficial. Me he visto obligado a escuchar vaciedades durante muchas horas. Necesidad sobre de esto y necesidad sobre de aquello. Acaba por resultar de un mareo desolador.

—Y tan fuera de sentido —agregué yo, acomodatício.

Me miró con hastío. No tiene fe en mí. No le resulto simpático ni aún apoyando sus ideas. Dijo con voz más fuerte y seca:

—Es necesario responsabilizarse íntegramente. Aquí estamos risueños, tranquilos, bebiendo alegremente sobre los escombros de la tragedia. Haciendo frases agudas. Comiendo de la mano de

quien se denigra, al tiempo que mueven servilmente la cola. Y, en tanto, el Tirano continúa en su nefasta obra y, lo que es peor, creando nefastos hombres, incapaces ya de comprender lo que es una vida digna.

—Ante todo es preciso que usted defina al Tirano. Y también que defina su maldad. Y su mala obra. No bastan las solas palabras.

Me miró con los ojos entrecerrados. Repuso lentamente:

—Esas definiciones no son necesarias.

—Bien —repuse yo. ¿Por qué no va usted y le pega un tiro? Esa hazaña no es tan difícil de ejecutar. Se le ve con alguna frecuencia. Usted sabe dominar un arma. ¿Por qué no lo hace?

—¡Usted es un asqueroso! —silbó las palabras con exaltación. ¡Usted y todos esos que siempre salen con la misma canción! Han muerto cientos de personas, se están destruyendo las juventudes y usted no es capaz sino de hacerse el gracioso.

Samuel intervino, apaciguador.

—También el Tirano ha hecho algo. Miremos en torno. Es un monumento singular.

—Estas singularidades son muy fáciles de hacer. Están cimentadas sobre muchos cadáveres.

—Pues yo le digo que es difícil conseguir eso: cimentar una obra con huesos de personas.

—Déjese de bobadas. Muchas veces ha sido así. Estamos en el monumento al crimen. La gente sufre y pasa hambre. ¡Cuánto mejor hubiera sido emplear este esfuerzo en construir viviendas para los pobres!

—El hambre de la gente nada resuelve. Su único mérito es el de justificar esta obra singular. A fin de cuentas es una valiosa producción del espíritu humano, de la inmortalidad del hombre.

El oficial se llevó, dolorosamente, las manos a la cabeza.

—Si es así, no hay nada más de que hablar.

Volvió la cabeza hacia el resto de los comensales y quedó contemplándolos. Samuel me hizo un guiño. También miró a los otros. Del salón se levantaba un fuerte rumor. Al parecer, las conversaciones estaban centradas.

Nuestra mesa permaneció un rato en plácido silencio. Comíamos de los buenos manjares y vaciábamos las botellas de vino de bonito color. Pero el oficial no se contentaba con esa paz. Volvió a sus destemplanzas. Nos miró fijamente, casi con asco.

—¡No puedo resistir esto! —gruñó colérico. ¡Mezcolanza de idiotas y de criminales! ¡Hace falta una buena antorcha que purifique tanta ignominia y que se hunda sobre nosotros! ¡Sobre de mí, también!

Se relajó sobre el asiento.

—Sí, también sobre mi propio corazón —repitió humillándose blandamente.

¿Estaría borracho? Le quise consolar.

—No se preocupe. El momento pasará; usted y yo nos hundiremos, y este tinglado con nosotros, en las tinieblas. Tiene usted sus días más o menos contados.

El me iba a responder, pero quedó mudo. Los agudos huesos de su cara se marcaron cortantes y la boca se le entreabrió. Permanecía con la cabeza un poco levantada, pálido. Giré la cabeza y vi a un joven que nos contemplaba. Un hombre serio, muy moreno, de tez rasurada y viva. Sus oscuros ojos estaban fijos en nuestro interlocutor con expresión severa. Vestía con correcta sencillez. Al notar que le mirábamos hizo un esfuerzo para quitarse la máscara de austeridad y sonrió, mostrando unos dientes blancos y fuertes, bien plantados. Con amabilidad forzada avanzó unos cuantos pasos hasta tocar nuestra mesa. Volvió a sonreír.

—Perdón —se excusó dirigiéndose a nosotros; luego lo hizo directamente al oficial. Por favor, ¿me permite unas palabras?

El oficial hizo un desgarrado gesto afirmativo con la cabeza y se levantó torpemente. Le temblaban las manos. Su delgadez se confunde con una triste visión de debilidad y desamparo. El joven moreno le tomó por un brazo y lo condujo hacia la pared, a unos pasos de nuestro sitio.

—Recuéstese en el muro, por favor —le indicó; el oficial daba lástima. Póngase cómodo.

Estaba su flaco cuerpo sobre una banda de mármol rosa yeteado de blanco. Sus ojos fijos en el recién llegado interrogaban temerosos; la prominente nuez se alzaba a intervalos en su descarnado cuello.

—No tenga temor; quiero hacerle unas preguntas sin importancia. ¿Me puede indicar, si usted

quiere, claro está, la esencia de la conversación sostenida con esos tres señores?

—Pues verá... —balbuceó el oficial. Esas cosas que siempre se hablan cuando están reunidos más de dos... Palabras que no significan nada. Viento... Ciertamente una burla inofensiva sobre nosotros mismos... Es preciso hablar de algo —concluyó más calmado.

—Sí, siempre es preciso hablar de algo —repitió pensativamente el otro.

El oficial se debatió.

—Ya se sabe cómo somos... Hay que discutir porque se lleva en la sangre, sobre esto, sobre aquello, sin que se sienta verdaderamente lo que las palabras indican.

—Ya. Es una lamentable forma de ser.

El acusado se revolvió en su humillación.

—¿Y por qué se ha de dirigir a mí? Todos esos que beben el vino del Benefactor, también hablaban mal y con peor sentido. Y lo hacen fuera de aquí, ante públicos restringidos y, solapadamente, en los periódicos. Al parecer, no se les tiene en cuenta. Y yo, sin intención verdadera, ¿he de ser responsable?

—Ellos están condicionados para eso, pero usted lo está para lo contrario. ¿No tiene otra disculpa en su favor?

El oficial no responde. Mira al suelo y las manos vuelven a temblarle. Tiene miedo. No se comprende su naturaleza exacta ni tampoco su anterior exaltación.

En esto noto que la gran sala ha callado y que los comensales están pendientes del diálogo del rincón. Las palabras no pueden llegar a todos y, no obstante, parece que todos las oyen. Y el efecto es malo. Un ominoso silencio ha ocupado el lugar del alegre esparcimiento. Yo también me siento envuelto en el general malestar y siento deseos de intervenir.

El joven moreno hace con la mano un ademán aplacador.

—No demos al asunto más importancia de la que tiene. Sin desearlo hemos dado un espectáculo tosco y casi hemos estropeado una hermosa fiesta. Espero de su rectitud que no volverá, en público numeroso, a hablar mal del Benefactor. Nos deja usted en el aire.

El reprendido respiró ampliamente. Con servil humildad se dirigió a su puesto y se sentó. Bebió con cierta ansia una de las copas de vino que ya estaba llena. El joven, ¿policía?, se dirigió a nosotros con una sonrisa y un ademán de disculpa.

—Perdonen; ya comprendo que este incidente les ha debido desagradar, como molestará al Benefactor en cuanto de ello tenga noticia. Es natural. La alegría de los licores, la buena comida, la compañía...

Hizo una breve inclinación, dispuesto para irse. Pero permaneció como pensativo. Dijo al oficial:

—Discúlpeme usted también. Más tarde quisiera preguntarle sobre algunos datos que se estiman de interés.

El oficial retira el vaso y unos hilillos de vino se deslizan por la comisura de sus labios. Desvié la vista de su faz atensada al tiempo que se me rompía en las manos un platillo de cristal. Muchos ojos se volvieron hacia mí.

Se estaba produciendo un cambio perceptible. El pasado incidente barrió la animación y dejó un poso inquieto. Fue un hecho desgraciado el montar aquella chirriante y pública exhibición. Ya la sala iba recuperando su anterior tono cuando creí notar que las luces alumbraban menos. Una media claridad se apoderaba de los rincones más alejados y sobre los mármoles brillantes la luz era devuelta fría y amarilla, desalmada.

(Probable que estuviera actuando el equipo especial de hombres siniestros del Tirano. Hombres siniestros de un nuevo estilo. Tiempo atrás hubo unos cuantos pobres diablos que se dedicaron a aprender técnicas idóneas para perturbar a los espíritus débiles y dados a la neurastenia. Los procedimientos tenían por base cierto esquema de conversación con saltos de nivel oportunos. Tu vieron sus textos y se ayudaban con una ambientación propia, ya natural, ya fabricada. Estos cambios de luces presagiaban su actuación y, entre la multitud, supongo que habría una media docena de hombres repartidos estratégicamente para hacer los gestos o la mímica y diálogos convenientes. Pero por encima de todo, si es que lo deseaba el Tirano, está el peligro real de su omnipotencia.

Si él quiere, delante tendríamos fácilmente la prisión y la muerte.)

Recorre el aire un aleteante malestar. Samuel, frente a mí, sonríe levemente y parece estar atento a ruidos lejanos, con algo de tensión en sus inmóviles facciones. En cuanto al oficial, ya no cuenta, está aguiñapado. Piensa dolorosamente en la próxima entrevista. El señor regordete, colocado en nuestra mesa, me dijo en un tono bajo y vacilante:

—Tal vez hayamos caído en una trampa...

—¡Silencio, imbécil!

Estaba el hombre melodramático. Pero sí, efectivamente, hubiéramos podido caer en una trampa irremediable, en un salón sin ventanas y sin posibilidades de fuga. Si es así, la canalla planeó bien la operación y la técnica, aunque grosera, resultaba perfecta. Si por lo menos apareciera ya el Tirano.

Por allí se hablaba alto, sin querer entregarse a alucinadores nerviosismos.

—Es una avería. Pronto la arreglarán.

Y sus ojos discurrían escrutadores, e intentaban aparentar indiferencia y tranquilidad. Un hombre corpulento se levantó y dio unas fuertes palmadas para solicitar la atención. Sonreía calmoso.

—Señores, por favor...

Cesaron las charlas y las cabezas se volvieron en su dirección. Les habló alto con un tono fuerte y sereno.

—Tranquilícense, por favor. No pasa nada, absolutamente nada. Nada tienen que temer.

—¿Y por qué hemos de temer? —le cortó molesto un señor de cara desafiante. ¿Dónde se figura usted que estamos?

—Sí, ¿a qué viene tanta histeria? —protestó otro.

—¡Calma! ¡Calma! —alzó la voz el primer hombre. ¡Les ruego que se tranquilicen! ¡Por favor, no armen escándalo!

—Nadie escandaliza.

Un nuevo interlocutor, próximo a nosotros, intervino. Al hablar tenía en su mano, y miraba, una copa medio vacía.

—Yo lo comprendo todo. Pudiera fácilmente explicarlo. Esto es como una campana, como una famosa campana...

Algunos le interrumpieron. No le oían bien.

—¿Qué? ¿Cómo?

Pero él entonces no repuso. Se encogió de hombros mientras pronunciaba unas palabras ininteligibles. Yo estaba molesto por el juego. Tal vez era una inocente broma del Tirano. La idea de la reunión es buena. Pero ni aún bajo este Gobierno las cosas se pueden hacer así.

Continuaba la avería. Las luces se hicieron aún más débiles y las paredes mareaban con su fantástico aspecto. Parece que no existieran, que el salón se abriera a la libertad de una noche oscura. El Tirano, cerca de nosotros, quizá en la habitación de al lado, sonreirá desdeñoso. De un golpe imprevisto, nervioso, tiré un vaso y cayó al suelo. Su ruido al romperse hizo volver las cabezas. Ellos se dirigieron a mí, me preguntaron:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Quedé inmóvil, maldiciente, hasta que sus ojos se separaron. (Aquí dentro hay cinco por lo menos, de mis gentes, que son tan peligrosos como los escorpiones. Esta reacción, sin mayor motivo, por parte de ellos, encierra en sí una negra historia que más vale apartar.) Pero el gordezuelo asqueroso de mi mesa dio el espectáculo. Inesperadamente desató una increíble y grotesca farsa. Se abalanzó sobre mí y me tomó por los hombros. Hubo un momento indeciso en que sus ojos trágicos y alucinados se clavaron en los míos. Casi inmediatamente gritó:

—¿Qué ha hecho usted? ¿Qué es lo que pretende? ¡Maldita sanguijuela! ¡Pagará por sus intenciones! ¡Deténganle! ¡Deténganle!

Me desconcertó este violento comparsa. En una instintiva reacción de pánico le rompí una botella en la cabeza. Se sostuvo firme. La sangre fluyó lenta al principio y después más rápido cubriendo su cara de surcos rojos. No alteró su postura, pero sus facciones fueron descomponiéndose hacia una actitud de *martirio*.

—Este sufrimiento, por todos nosotros —rezó con una voz desmayada.

Se deshizo el momentáneo silencio. Por la sala se alzaron voces indignadas. Otras, conciliadoras. Mas antes de que se restableciera el orden tres individuos, desconocidos para mí, surgidos de no sé dónde, se dirigieron a nuestro sitio con oscuros ademanes amenazadores. Y daban gritos a lo matón.

—¡Sabotaje! ¡Sabotaje! ¡Sabotaje! ¡No le dejen escapar! ¡Sabotaje! ¡Tirarlo al suelo!

Sentí vacilar la cabeza, dudoso de mi capacidad de comprensión. Tomé otra botella y les hice frente. Les escupí:

—¡Canallas! ¡Malditos! ¡Cretinos!

Hacían amago de arrojarse sobre de mí, que continuaba con la botella dispuesta. El gordo, de rodillas, continuaba con sus murmullos contemplando su propia sangre esparcida por las baldosas. Hice ademán de ataque, pero luego me senté. Los tres siguieron increpando sin osar tocarme. Cada vez gritaban menos y los últimos gritos ya resultaron como aplausos solitarios y ridículos que se tragaba el vacío.

Ningún agente, ninguna persona responsable que se interpusiera e investigara. Seguía el gordito en el suelo, casi sentado, sollozante.

En esto la luz recuperó su natural intensidad y a su impacto los tres individuos se recogieron vacilantes entre los gestos hostiles y alguna voz abucheadora de la sala. Fueron unos solos instantes. Volvió la avería y apenas si era posible reconocer a las personas más próximas.

De la masa de la gente surgen voces esporádicas. Y también, por intervalos, copas que se rompen, no sé si involuntariamente o arrojadas al suelo a plena conciencia. Sólo hay sombras que se mueven confusas sin abandonar sus puestos.

Noto que me agarran del brazo. Samuel está a mi lado, los ojos muy abiertos. Tira de mí con un contacto de urgencia.

—¡Escapemos!

No quise pensar más y le seguí. Nos confundimos con las sombras de las paredes y pegados a sus frías superficies alcanzamos la puerta. No encontramos ningún policía, ni siquiera camareros. Me vino entonces una reacción rebelde.

—Si crees que éstos me van a asustar...

Pero él me hace señal de silencio. Le obedecí. Luego de cruzar el vestíbulo, también desierto, salimos al parque. En la puerta exterior estaba una sombra de hombre. Era un jardinero que nos saludó levemente haciendo gesto de llevar la mano al sombrero. Por fin estábamos fuera.

Sin hacer caso de mis ya débiles protestas, Samuel me obligó a seguirle rápido por la carretera. Llevábamos un trote veloz, próximos a ser tragados por la noche que ya vencía al declinante atardecer.

Estábamos en el desierto, sin lugar donde ir. No encontraba justificación, de momento, a esta escapada irreflexiva e inútil. Detrás de nosotros ningún grito, ninguna sombra o silueta.



CAPITULO II

Creíamos huir solos, pero no fueron pasados cinco minutos cuando oímos un chisteo. Aún dominado por el aire de la comedia, me produjo un repeluzno de pánico.

—¡Esperen! ¡Esperen!

Dos hombres rogaban con voces sordas y temerosas. A la difícil luz del crepúsculo vimos próximas sus figuras y el halo de polvo que levantaban en la surcada pista. Samuel paró en seco y reaccionó como para agredirlos; yo respiré aliviado al distinguir a los dos fugitivos que se nos incorporaban. Pero dominados por un afán de urgencia echamos nuevamente a andar.

—Por favor...

Los que venían detrás rogaban plañideros y ahogadamente. La presión del aire se creería que es desigual, que nos empuja con fuerza alejándonos del palacio. Abandonado el paso cauteloso del principio avanzábamos con energía. No me daba cuenta del camino; seguía obsesionado por el espectáculo reciente y sus figuras, por los juegos de las luces, por los gritos histéricos, por la propia decoración. Samuel me agarró del brazo y me detuvo.

—Tenemos que salirnos de la carretera. Si seguimos por ella pronto nos alcanzarán.

Los otros dos, en el instante en que estuvimos parados, se apelotonaron contra nosotros e introdujeron sus facies descompuestas. Estábamos como a un kilómetro del palacio, pero la creciente falta de luz lo hacía más lejano, sombra más fuerte en la llanura.

Me costaba liberar la mente de los sucesos. Miré a Samuel interrogativamente. Los otros interrumpieron con sus ruegos.

—¡No se detengan! ¡Sigam!

—¡No! ¡No! ¡Sigamos!

Me volví a uno de ellos bruscamente, reconociendo su voz. Estalló en mí una explosión de odio, surgida y expandida violentamente.

—¡Maldito!

El histrión gordezuelo rodó por tierra, abatido y con un aullido lastimero. Me arrojé sobre él y, sobre su cara abierta e indefensa, intenté descargar rencorosos puñetazos. En última instancia me con-
tuvo la visión de los restos de sangre. Me desahogué con insultos y zarandeándole:

—¡Canalla comediante! ¡Traidor asqueroso!

Se levantó un revuelo de voces y una polvareda asfixiante. Los otros se arrojaron sobre mí y lograron liberarlo.

—¿Qué pasa? ¿Es qué estamos locos?

—¡Quietos! ¡Suéltense! ¡Ese canalla es un traidor!

En la efervescencia de la ira quise desasirme de los que me sujetaban. El enemigo se levantó

penosamente del suelo y me dirigió sus ojos melancólicos y tristes. La sangre costrosa se había secado sobre su frente y mejillas, procedente del golpe con la botella. Unió sus manos en actitud de rogativa.

—Soy inocente. ¿Qué encuentran en mí para torturarme?

Daban asco sus gestos y sus palabras dramáticas. Me serené poco a poco y, finalmente, me quedó el deseo de que no estuviera a mi lado, que se marchara. Estaba seguro de su culpabilidad. Por intuición, por relación a sus gestos, por el festival. No quería tenerlo delante de mí. Con suavidad rogué que me soltaran.

El gordezuelo continuaba gimiendo excusas. Me sacudí el polvo en tanto hacía un intento de pensar con claridad. A mi alrededor me contemplaban disconformes. Di unos pasos. La oscuridad domina casi por completo y en el cielo lucen ya numerosas estrellas. A cientos de kilómetros estaban las otras gentes, descontadas las de palacio, y la distancia era para nosotros tan insalvable como para el hombre primitivo. Había mucho de despropósito en nuestro grupo y en nuestra actuación.

—Está bien —dije al gordo— ¡Márchese!

—¡Usted está loco! ¡Quiere que me maten!

Me exasperó. Nuevamente los nervios me comenzaron a vibrar.

—¡Pero imbécil!, ¿por qué lo van a matar?

El hombre tomó energía. Repuso, osado:

—Me matarán por su culpa. Por el escándalo que usted suscitó. Por la sedición en que, sin yo

quererlo, me vi envuelto. Yo amo, venero al Benefactor.

Esta respuesta tenía mucho del fluir de interminable pesadilla. Me pasé la mano por la frente como para deshacerme de una pegajosa niebla. Me era imposible adentrarme en la mente de aquel mentecato. Acaso fuera inocente del histrionismo que yo le achacara. Una coincidencia de orquestación...

—Pero aclare el asunto —exigió Samuel entonces. Responda con claridad y déjese de charadas. Usted, ¿por qué va a estar en peligro? No me doy cuenta de que ofendiera, en nada, al Tirano.

Nuestro personaje se limpiaba la sangre de frente y mejillas con un pañuelo que iba untando de saliva. Lo hacía delicadamente, con cuidado, morosamente. Como respuesta comenzó a gemir con un llanto suave y desesperanzado. En silencio le dejamos desahogar, mientras sentíamos en nosotros la impotencia y la locura de la situación. Se sonó, cesando en sus sollozos. Se removía como una mujer retocándose sus trapos.

—¡Por favor! —insistió Samuel irritado. ¿Quiere por fin explicarse?

—¿Explicarme? —repitió con amargura. Estos problemas son difíciles de poner en claro porque responden a una nueva mentalidad de consideración de los hechos —suspiró; parecía ir adquiriendo ánimo. Yo estoy, sencillamente, contaminado. El hábito de ustedes me ha cubierto con un estigma y nada podrá limpiarme de esa ponzoña. Hemos tenido una actuación conjunta y en esa

actuación yo no he respondido a una línea de pureza, ni mucho menos. Yo soy importante; todos mis actos son vigilados minuciosamente e interpretados con arreglo a las nuevas normas. Actos que son intrascendentes para el común, y hasta favorables para el Benefactor, tienen una significación distinta para nuestros jefes.

—¿De qué jefes habla? No le entiendo.

Después, con palabras conformativas y consoladoras, agregó Samuel:

—Mire, amigo, déjese de cuentos y de histerias. Está usted más limpio que un ángel. Por favor, déjenos y vaya con los suyos.

En el cielo surgen más estrellas. La noche aparece clara, tranquila. Empezaba a notarse un poco de frío y el paisaje viraba hacia una lejana cualidad astral.

El histérico, ya con el pañuelo en el bolsillo, experimentó una ligera transformación, como si adquiriese una seriedad de mayor peso. Hasta parece que se mostró un tanto conmisericordioso con nosotros.

—Ustedes no lo saben, pero estamos condenados. Todos los asistentes a la fiesta hemos de morir. Dirán ustedes que desbarro, pero, ¿no les dice nada los extraños sucesos ocurridos hace una hora en la sala del banquete? ¿Nada el pánico que se creó y dejó a todos mudos? Tal vez esta noche ocurra parcialmente algo, aunque no tengo la completa seguridad. En todo caso, algún contado ejemplo de operación informativa: un individuo o dos que interesen y a los que la conmoción haya des-

cubierto. Pero ni uno más, porque ello no conviene. No conviene matar a tan gran número de personas importantes. Pero todas, mañana, morirán.

Hizo una pausa. Pasó la lengua por sus labios. Siguió hablando con cierta complacencia justificativa.

—No se han percatado ustedes, claro está, de que la gente de letras o de arte de cierta importancia, partidarios del Benefactor, se encuentran actualmente en el extranjero, o ausentes en misiones culturales, o por motivos justificadísimos. Mañana, señores, se organizará una pequeña excursión, está en el programa, para contemplar la presa de La Rajada, a unos kilómetros de distancia, de donde procede el agua que llega hasta aquí. A esa visita acudiremos todos nosotros y, también, tres personalidades extranjeras expresamente invitadas por el Benefactor.

Tuvo una risilla que quiso ser irónica. Le escuchábamos con impaciente curiosidad.

—Yo soy muy observador. Y tal vez algo inteligente. Por ello me admitieron en su intimidad a pesar de mis ideas parcialmente contrarias. Cuando entramos en el parque vi un autobús enorme, capaz de cargar con todos nosotros. Resulta que la ventanilla correspondiente al conductor no es tal ventanilla, sino una puerta de seguridad que se puede abrir con extrema sencillez. Nos meterán en el autobús y nos llevarán a ver la presa, por una mala pista, como ésta y que tiene la particularidad de que a veces pasa junto al cauce del

río, riachuelo más bien, pero que discurre encajonado en un tajo de unos treinta a sesenta metros. En un determinado momento el coche se despeñará desde esa altura y no quedará persona viva. El conductor, en el momento preciso, se lanzará del autobús por su puertecilla y desaparecerá entre los arbustos. Este conductor no es profesional, sino una nueva figura que va a ascender rápidamente en el campo político, aunque secundariamente.

—¿Cómo sabe usted eso?

Se encogió despectivamente de hombros. En la oscuridad brillaba la grasa de sus pómulos y sus ojos permanecían en la sombra total de los cuévanos. Lograba hacer olvidar su menguado aspecto.

—¿Cómo lo sé? Por deducciones, naturalmente. Por esos detalles que le indiqué. Prueba complementaria: en el autobús irá el lugarteniente del Benefactor, que le ayudó esforzadamente en los primeros momentos de nuestra gloriosa revolución. Estos cargos se gastan, se creen con derecho a mantener posturas ante el mismo Presidente. Por necesidad del gobierno, por devenir sicólogo, ese hombre tiene que ser eliminado.

Emitió otra de sus risitas.

—Y delante de nosotros, en un lujoso automóvil descubierto, irá el Benefactor acompañado de los personajes extranjeros. Oirán un estruendo, un autobús que se despeña... Al volver atrás, el autobús ya descansa en el fondo del precipicio, quizá con un artilugio que lo haga arder, para completar la faena. Luto nacional. Llantos oficiales.

Ha muerto la flor de nuestro país. Y uno de sus más destacados ministros, mano derecha del Benefactor. La coartada es irreprochable. Desaparece un ministro que se insolenta, una serie de señores que también molestan, y nadie tiene la culpa. Por estos días no se pueden hacer, de otra manera, esas matanzas de moda en otros tiempos. Hoy presiona mucho la opinión internacional, las relaciones con los demás países. Ya se sabe que cada uno de ellos está haciendo esfuerzos orales y de fachada para parecer superior al otro. Un escándalo de éstos no sería desaprovechado para poner el grito en el cielo y asentar la propia dignidad. No es nuevo el que les diga que la falta de pudor internacional ha llegado a estos extremos.

—Bueno, bueno; está bien —habló el cuarto individuo, silencioso hasta entonces. En verdad, me tranquiliza usted. Y todo ello es deducción de su cerebro, ¿no es cierto?

—Hipótesis es; pero tan cierta su realización como de que tengo cinco dedos en cada mano.

El cuarto individuo dio unos paseitos en torno nuestro. La claridad estelar marcaba, a veces, su perfil aguileño. Se encaró cortesmente con nosotros.

—Bien, señores; creo que les voy a dejar. Yo supuse que aquel extraño escándalo, como los gritos de este hombre, eran un inelegante pretexto para fingir algo así como una riña, ocasión aprovechable por alguien, no se sabe quién, para darle dos tiros a otro alguien que pudiera ser yo. Pero me doy cuenta de que mi teoría es válida.

Pero este hombre me ha convencido de que puedo regresar con toda tranquilidad. No sucederá nada. Caballeros, les invito a volver.

Quedó un rato a la espera. Samuel permaneció callado. Yo, pasada la conturbación de la huida, estaba por el retorno, pero nada dije. El señor gordezuelo, tan hablador, también permaneció silencioso, sin hacer un movimiento.

El desconocido aguardó inútilmente durante un par de minutos, pacientemente.

—Bueno, caballeros —dijo. Observo que no desean regresar. Buenas noches.

Inmóviles en nuestro sitio le vimos emprender el camino de vuelta. Tardó poco en ser tragado por la oscuridad. Quise hablar, con el deseo de imitarle. El gordezuelo sentenció:

—Ese hombre va en busca de su destrucción. Entonces Samuel giró hacia él.

—¡Acompáñele! —le ordenó bruscamente.

—¡Jamás! ¡Prefiero que ustedes me maten!

—¡Que se marche!

Le tomó del hombro y de un brusco empujón le hizo caer. Sobre su cara en tierra alzó uno de sus zapatos.

—¿Se marchará? —inquirió deliberadamente amenazador.

El otro volvió a sus gemidos neurasténicos. Lloraba alto.

—¡Mis hijos! ¡Mis pobres hijos!

Me descompuso el imbécil. Aparté a Samuel y le ordené levantar. Al hacerlo, le tomé con fiereza de las solapas.

—¡Pero demonio!... ¿Qué pretende usted?

—No quiero sino salvar mi vida —gimió, agarrándose suplicante a mis manos.

En la oscuridad, me figuraba su persona como una masa gelatinosa que temblaba, una cosa amorfa suplicante, degenerada. Nos colocaba en una insostenible situación emotiva, absurda... Podría pensarse que todo era una farsa para detenernos. Samuel, a pesar de tener al hombre pegado a mí, le dio una patada en la cadera que le hizo desprender. Comenzó de nuevo con sus chillidos ratornescos. Acabaríamos por matarle.

—¡Suéltele y que se vaya!

—¡Me matarán ustedes, pero no regresaré!

El desgraciado nos estaba transformando en salvajes. Oponía una terca y blanda resistencia que nada podía vencer. Quizá verdaderamente, prefiriese dejarse matar.

Suspiré con resignación.

—Veamos —contemporicé cansado. Díganos por lo menos qué es lo que usted pretende con su maldita persecución. Sus temores son idiotas aprensiones. Ya vio cómo su acompañante volvió atrás. Nosotros vamos a atravesar la estepa hasta alcanzar la frontera. (La idea surgió entonces repentina, dando forma lógica al conjunto de nuestras acciones hasta el momento.) A usted le es completamente imposible seguirnos. No tiene resistencia.

—Prefiero acabar por ahí. Siempre queda esperanza.

Mágicamente, apareció calmado y hablaba con su voz natural. Parecía que estábamos ante un consumado comediante, sin razón aparente, ahora, para serlo; un ente peligroso, obtuso y cerrado para nuestra comprensión. Un agente del Tirano.

Samuel se impacientaba. Arrancó al hombre de mis manos.

—En primer lugar, usted ¿quién es?

A pesar de encontrarse casi estrangulado por Samuel, repuso tranquilo:

—Soy bastante conocido. Me llamo Tomás Acevedo. Soy uno de los más importantes accionistas de las compañías cerveceras del país.

Samuel le soltó. Dijo:

—Incomprensible. Bueno, como quiera.

De esta forma el payaso se incorporó a nuestra expedición.

Se incorporó a nuestra expedición y ya éramos tres en la huida. Mientras caminábamos de nuevo, permanecí largo rato turbado e indeciso. Algo escarbaba en mi conciencia y, finalmente, acabó por aflorar. Se trata de Domingo, no vislumbrado a lo largo de toda la reunión y del que llegué a olvidarme. Pero Domingo estaba allí, detrás de nosotros, tenaz experto en persecuciones. Imagino su cara al saber nuestra fuga, repentinamente ansiosa. Sus esfuerzos por acercarse al Tirano y ofrecer sus servicios para nuestra búsqueda y conducción. Como agente, impasible la cara, los ojos tendiendo a perderse en lo lejano, inmisericorde. Conmigo, que fui tan compañero suyo, no habría de mostrar la menor debilidad. Por encima de todo

está el deber político, que es el más alto de los deberes, presto a allanar amistades y sensiblerías, dificultades y sacrificios. Se consagra intensamente la vida de una forma absoluta. No existe nada que pueda comparársele.

Pero en el fondo, aunque tenía una vívida y plástica visión de Domingo y sus reacciones, no le creía capaz de realizar un radical enfrentamiento conmigo. Como ya dije, había intercalado algo irónico entre nosotros dos.

Caminábamos en fila india. Delante, Samuel; después yo, y a la cola Acevedo. Horas en silencio desde que abandonamos la carretera y, orientándonos a la buena de Dios, dimos comienzo a nuestra larga marcha. En el firmamento acabó por descubrirse una luna rota, anaranjada, que poco a poco se fue plateando. En tierra, espaciadas hierbas secas, cortas, miserables. De tanto en tanto, algún grupo de pequeños matorrales. Por lo demás, la estepa casi llana no dificultaba mayormente nuestro andar. Incluso creo que seguíamos un difuminado y antiguo sendero. La media luna nos ponía a lo lejos unos deformados horizontes.

Difícil concretar racionalmente los motivos de esta pequeña procesión. Yo supongo que mi escapada era, en gran manera, puramente deportiva, o tal vez el intento de atravesar mi cuadro de los espantapájaros. El único obligado, en cierto modo, era Samuel. El estaba en pelibro. Un peligro que a lo externamente político unía un hecho esencialmente criminal. Le conocí unos ocho años atrás

al dar comienzo nuestros pinitos literarios en las revistas basureras. Se comportó en todo tiempo como hombre cínico, fundamentalmente escéptico en cuanto a las manifestaciones gratuitas del hombre. Por los días anteriores al banquete, intranquilo por la marcha de ciertos acontecimientos, envió su familia, su mujer y un pequeño hijo, al extranjero, al otro lado de la frontera. Ya estaba señalado por su oposición política cuando, por venganza, dio muerte a un hombre, un teniente de la policía. El engranaje policíaco, en este caso especial, acabaría fatalmente por descubrirle. La actual coyuntura le dio una puerta de escape y, a pesar de su peligrosidad y como don del azar, la aceptó.

—Más despacio, por favor, más despacio.

Acevedo lanzaba blandamente su súplica. Refrenamos un poco. Posiblemente, sí, yo quería pasar al otro lado del cuadro, aparte del deber para con mi amigo. Por ello, mientras caminaba, en el fondo de mí ser había una dulzura de vergonzoso optimismo, una alegría estremecedora de mi corazón incierto. Me enfrentaba a la noche lleno de esperanzas; una noche materna, borradora de lo antiguo y de su sucia baba. Y ello daba ese ambiente de irrealidad, esos límites fantásticos, al desierto inasible. Mientras mis compañeros arrastraban penosamente sus cuerpos y sus pesares, yo iba íntimamente en fiesta. Pero no podía hablarles de mi locura, ni siquiera a Samuel, porque en eso estaba imposibilitada la comunicación. Está en mí la carga del pasado, o de las cosas pasadas, que

yo creía deshacer. Hasta hay un deseo de renovación biológica del cuerpo; las células se destruyen, se licúan, y de la misma sustancia se engendran las nuevas; del sucio estiércol nace el joven arbolillo. Quien quiera vivir ha de perder la vida.

Está la sensación de que ha pasado mucho tiempo a la espera de un evento como éste, de que algo tenía forzosamente que producirse. Por los viejos caminos, en los que estaba encarrilado, únicamente la baba sin acidez y sin nada de cada día iba goteando el paso de las horas, que es un insulto al ritmo del hombre, en cuanto éste se siente como tal, puesto que no puede encontrar justificación alguna. Pero, ¿qué justifica la vida del hombre y no la de otro viviente cualquiera? ¿Qué forma especial tiene que producirse para encontrar una plena satisfacción? Tal vez esté equivocado y busque algo inexistente y la verdadera justificación sea la falta de necesidad de encontrar justificación alguna.

—¿Descansamos?

—No...

Me gustan las tinieblas esclarecidas por la luna. El hombre puede aceptar la violencia como cosa cotidiana, la dura lucha y la muerte. Tiene sus leyes éticas que las sociedades organizadas, políticas, son incapaces de comprender. Se presenta entonces una serie de acciones sin reacción. El delincuente acorralado, sujeto a las escritas leyes, es un espectáculo innoble. No cabe defenderse con la palabra nada más, con sus matices de sentimentalismos, firmezas, demagogias...

Pero yo soy yo y nada de eso importa. Son pensamientos que voy uniendo para darme una explicación viable, una justificación de alguna manera. Sé que, ahondando, son razonamientos vacíos y que la raíz de ello, de todo, es el fenómeno yo: únicamente una sola palabra para sintetizar un largo fárrago.

Caminamos en la noche como tres pequeños puntos en la puna inmensa. La luna, cada vez más alta y, también, cada vez más plateada. Ahora se puede mirar fijamente al astro sin sentir el agobio de la soledad que nos trasmite. La luna allá arriba, alta, espejo de eternidad, repercutiendo y haciendo sentir una impalpable unión que tenemos con todos los seres, con las montañas, con los astros.

En esta primera noche estuvimos caminando siete horas sin interrupción. Acevedo gemía a ratos, pero, últimamente, quedó en silencio. De nada hablamos. Nos detuvo una pequeña y estrecha vaguada en cuyo fondo el agua remansada en los charcos reflejaba la luna. Al aproximarnos, un animal huyó presuroso por entre la maleza.

Bebimos un poco de la helada corriente.

—¿Qué sitio será éste?

Buscamos un lugar resguardado. La tierra estaba húmeda y cubierta de hierbas mojadas por el rocío. Encontramos varias paredes semicirculares, de piedra seca, menores en altura que un hombre, posible abrigo de los antiguos pastores independientes. Todos han abandonado estos lugares y se

han acogido a la vida de las aldeas y ciudades. Restos de hogueras ennegrecían el suelo. Nos acogimos a uno de los refugios y nos tendimos. Al principio sentí un agradable relajamiento y una torpeza precursora del sueño. Mas luego la cabeza comenzó a llenarse de imágenes, a repetir como en película los acontecimientos pasados. Se cortaba y volvía a repetir sobre las mismas escenas. Abrí los ojos y los fijé en el cielo. La mente adquirió entonces mayor serenidad. Al cerrarlos volvieron nuevamente las desordenadas imágenes y a verme otra vez caminando por la llanura incansable.

Apareció el frío, perdido el calor de la caminata. Algo dormí con intermitencias, despertando varias veces, antes del amanecer.

Malhumorado, enfermo, dejé a mis compañeros y subí a lo alto. El paisaje no es tan llano como pareciera. A la luz del día se ve alterado por ondulaciones y aun por pequeñas colinas que dan variedad y cortan el horizonte. Las raquílicas hierbas verdeaban por sus bases —estábamos en el invierno—, efecto de alguna lluvia. Impresión de haber tierra, mucha tierra, sugeridora de los mitos de nuestro pueblo de establecer allí cultivos y fundar ciudades.

Samuel se estaba despabilando con la fría agua de uno de los charcos. Estaba casi helada y me hizo desaparecer el torpor. Tomás Acevedo continuaba acurrucado en el refugio. Samuel y yo nos encontramos solos, frente a frente.

Le miré interrogativamente. El sonrió, un poco, como si considerara nuestra situación carente de importancia. Se encogió ampliamente de hombros, miró alrededor y dijo:

—Procuraremos continuar.

Dirigió la vista hacia donde la vaguada doblaba su curso. Sin mirarme agregó, con aire aparentemente distraído:

—Ya sabes lo que conmigo sucede. Tú no tienes necesidad de llevar esto más adelante. Yo tengo que irme, necesariamente.

—Te acompañaré —le dije.

Volvió la cara hacia mí, marcada por las señales de la pasada noche. Inició otra sonrisa.

—Me alegro, por mí, de tu decisión.

Dimos un paseo bordeando los estanques. Cuando el arroyo circulaba libremente se presentaba menor que una pequeña acequia. Seguramente, si no caía alguna nueva lluvia, se secaría en un par de semanas. En sus márgenes y en las paredes de la barranquera, crecían lozanas altas hierbas y matorrales. En algunos espacios se encontraban cantos rodados, grandes y pequeños, pulidos, con manchas negras y amarillas en su masa gris de cemento.

—Mira que si en este lugar hubiera oro...

—Ya...

La mañana estaba apacible, sin viento. Retorna a los cuerpos un agradable calor. En el cielo no había nubes.

Regresamos. Le pregunté:

—¿Qué hacemos con Acevedo?

Estuvo un rato sin contestar. Después, resignadamente, repuso:

—No atisbo, según es él, ninguna solución. Que haga lo que quiera. Si desea adherirse a nosotros, pues que siga. Pero si no encontramos pastores que se hagan cargo de él, dejará sus huesos en este desierto. Sus pobres hijos van a quedar huérfanos.

Ya Acevedo estaba lavado y compuesto. Se dirigió a nosotros con una sonrisa irresponsablemente serena.

—¿Qué hacemos, señores? —inquirió, muy naturalmente.

Su actual serenidad me cayó mal. Le contrapuse:

—¿Qué cree usted que debemos hacer?

—¿Pero ustedes no tenían un plan?

—Nosotros no tenemos nada.

—No es posible que se hayan arriesgado locamente —insistió. Una caminata como la dada, sin objeto es una estupidez. ¿No habían proyectado atravesar el desierto hasta alcanzar la frontera?

Yo me encogí de hombros. Le miré malévolamente.

—Pero, ¿se cree usted capaz de realizar esa hazaña? ¿No conoce el campo que nos rodea?

Permaneció meditabundo. Quedamente, propuso:

—Lo más cuerdo es regresar de inmediato. Ya contaremos algo. Además, quedamos libres del despeñamiento del autobús. Dios proveerá.

Samuel repuso con determinación:

—Sí, debe usted volver. Nosotros no le acompañamos. Tenemos ciertas razones, completamente aparte de los sucesos de anoche, para continuar. La vuelta es aún fácil. Mañana no lo será tanto.

Acevedo puso sus manos en las caderas. Se plantó firmemente.

—Eso, no. Ustedes me han de acompañar. Si regreso yo solo doy una excelente excusa para que me procesen y condenen. Me harán responsable de sus vidas. Aunque ellos no me crean capaz de matar una mosca. Pero se aprovecharán de ello y me condenarán. Apareceremos todos juntos o juntos desapareceremos. Este es un asunto muy serio.

De nuevo otra vez con la misma historia. Samuel tomó la negativa con mucha tranquilidad.

—Como usted quiera.

Quedamos unos momentos como en vacío. Acevedo nos miraba, suspectivamente. Me sentía enormemente cansado, demolido, incapaz de ponerme otra vez en movimiento.

—Si es así, no hablemos más... Conviene descansar un buen rato antes de seguir. Estaremos en condiciones mejores.

Me instalé en un refugio abandonado. Ante él, a su resguardo, crecía un arbusto frondoso y achaparrado; debajo arreglé un lecho con las hojas desprendidas. A través del ramaje pasaba el sol en puntitos luminosos; las hojas oscilaban a veces bajo el impulso de una ligera brisa. Encendí un cigarrillo, que casi se me caía de los dedos, dominado por una agradable somnolencia. El humo sube lento y luego huye rápido a través de los ca-

nalillos formados entre el follaje. Al estar inmóviles nosotros, algunos pájaros se hicieron notar con su canto y hasta por allí cerca se posó uno de ellos.

Dormí profundamente. Al despertar horas más tarde, la fuerte luz del mediodía zumbaba sobre las hierbas. Bruscamente me encontré despejado e inmerso en un plano de realidad sin sombras ni novelerías. El hallarme en aquel lugar me suscitó una aguda extrañeza, como si se hubiera suprimido de mi acontecer el último día. La clara luminosidad destacaba nítidamente algún contrasentido. Pero no era un estado de total temor, sino de sorpresa, como de haber sufrido las irresponsables consecuencias de una alegre borrachera.

Busqué a mis compañeros. Cerca, también protegidos por arbustos, seguían dormidos. Acevedo, con manchas de demacración en su cara, está acurrucado como una oruga alrededor de un tronco. Este hombre tiene como unos cincuenta años, bajo de estatura y de cuerpo más bien rollizo. A pesar de mi actual perplejidad, no pude menos de admirarle, aunque no sé por qué, a punto fijo. Ahora duerme sin guarda que le disimule y oculte, y muestra unos rasgos confiadamente infantiles.

A pesar de mi desazón no me atreví a despertarles. Esperé un rato. Impaciente subí a lo alto de la barranquera. El paisaje es muy semejante al que a veces nos muestran las películas americanas de vaqueros, ondulado, seco, con achaparrados grupos de broncos matorrales. Pero es diferente.

Se intuye como una tierra que puede dominar y de la cual se puede recibir una carga que nos impulse a la rotura. Ya primariamente, por propia naturaleza, por forzosa imposición física, exige un tipo de vida incompatible con la del hombre moderno y su sistema... Resulta curioso que estas ideas coincidieran en parte con las que más tarde expuso Acevedo, aunque las suyas carecieran de propia energía, mera ideación política que pudiera resolverse en la inoperancia.

Al reunirme con mis forzados acompañantes, ya estaban en pie. Acevedo sacudía sus ropas de pajitas y Samuel se peinaba al lado del agua. No estábamos con vestimenta propia para aventuras. Me aproximé curioso de observar sus reacciones después del sueño. A mí se me había pasado un tanto el primitivo susto. Samuel se mostró vivaz, alegre. Acevedo era una masa oscura que apenas intervenía en la conversación. Cuando lo hizo tocó un importante detalle.

—Tenemos que comer —dijo.

Nos miró como pidiéndonos alimentos. Su petición ya me la había hecho yo. Comer, ahora y después.

Una ligera brisa daba pureza al ambiente. En el silencio llegaron los trinos de un pájaro distanciado. Samuel estaba frente a mí, mirando al suelo. Tiene la tez muy morena y los pómulos redondamente marcados. Sobre nuestras cabezas el cielo es de un azul lechoso que blanquea aún más en la proximidad del horizonte. El agua del estanque se muestra transparente hasta su fondo de arena.

—Ya veremos por ahí —repuso vagamente Samuel. Desde luego, no nos moriremos de hambre.

Hizo una falsa sonrisa. Teníamos hambre, disfrazada hasta entonces por la cosa emocional. Samuel sonrió, esta vez con más perfección. Hizo un gesto amplio con los brazos.

—No preocuparse —nos animó con forzado optimismo. Ya verán como encontramos algo.

—¿Qué? —preguntó Acevedo con ingenuidad. Samuel le lanzó una mirada.

—No nos caerá del cielo —le repuso. Habremos de buscar. ¿Es usted tonto?

Después, ya recobrado el dominio, explicó:

—Comeremos hierbas y raíces. Mucha gente ha vivido con ellas. Los antiguos cazadores... Únicamente es por unos días, tres o cuatro. En ese tiempo nadie se muere.

Tiempo atrás estuvo de moda el tema de las posibilidades de subsistir en la soledad del mar, en la selva, durante cierto tiempo. Cumplía a nosotros el demostrarlo en relación con el desierto. No tenía temor, sostenido por la fuerte confianza de que nuestra aventura acabaría bien, presentimiento que ni siquiera más adelante me abandonó.

Herborizamos durante mucho tiempo en el cauce de la torrentera. Un recuerdo desagradable. Carecemos de dentadura adecuada. Acevedo anduvo temeroso tras de nosotros. Tomaba unas hierbas y apenas las mordía las dejaba.

—¿No serán venenosas?

Fastidiados, no le contestábamos. Observaba atentamente las que nosotros cogíamos e iba del

uno al otro, con un manojo vegetal. Una baba verde se deslizaba por las comisuras de nuestras bocas. Completamos con largos tragos de agua del riachuelo, que a mí me produjeron unos eructos rabanosos. Pero las hierbas no nos ocasionaron mayor mal.

Fumamos. Acevedo, un pitillo emboquillado muy largo, probablemente turco. A mediados de él, sentado en una lisa piedra, tenía la misma presencia y aire que en un elegante café. Su cara se mostraba seria, de señor respetable y pudiente, de valiosas opiniones. Largó al espacio una bocanada de humo.

—Bien, ya hemos visto lo que pasa, qué es lo que hay. Estamos ahora en lo mejor del territorio y reciente está el embate. No nos podemos engañar. ¿Qué proponen ustedes que hagamos?

Samuel le contemplaba, medio irónico, los ojos entrecerrados.

—Mal se presenta el asunto. Usted no está para estos trotes.

—No, no lo estoy, efectivamente. Pero ustedes, ni nadie en estas condiciones, lo están.

—Pero hay que hacerlo —repuso Samuel. Cuando atravesemos el territorio, ya se verá el modo en que lo hayamos hecho.

—¡Disparate! —repuso despectivo Acevedo.

—No hay más remedio.

Y, en evitación de más discusiones, dio la orden de marcha.

Caminamos hasta el caer de la noche. El tiempo siguió en calma y la temperatura, fresca, era agra-

dable a pesar del cielo descubierto. Recogimos leñas abundantes de los matorrales espinosos; casi un tercio de cada uno tenía sus ramas secas. No había comida. Acallamos el hambre con un cigarrillo fumado hasta su extremo final. Rendidos, caímos en el suelo, dejando para más tarde el encender la hoguera. Samuel aún tenía una apariencia normal, no así Acevedo, que mostraba una visible demacración. Sin hablar, permanecemos tendidos, procurando olvidar el hambre y la sed.

Encendimos la hoguera dándole la forma de un pequeño arco. Sus llamas eran confortantes y creo que si hubiéramos tenido algo que comer me hubiera sentido alegre. Entonces llegó la sorpresa del día. Acevedo, después de haber mirado su reloj, sacó del bolsillo un pequeño aparato de radio a transistores, no más grande que una cajetilla de tabaco. Fue insólito el efecto de la música inesperada y de las intermitentes palabras del locutor.

—Por lo visto, ya estaba todo preparado para su huida —observó Samuel medio en broma, después de echarse nuevamente.

No repuso Acevedo. Orientó el aparatito en el suelo y se recostó exhalando un débil quejido. Tocaban música regional y el efecto, a más de inesperado, era agradable. Este hombre estaba resultando de interés.

—¿No traerá también una emisora portátil?

—Las hay que caben en el bolsillo —confirmó Acevedo—, pero no la he traído. ¿Con quién íbamos a comunicar?

Poco después llegó el momento interesante. La emisora comenzó con su emisión nocturna de noticias. Eché más ramaje a la hoguera y me aproximé al transistor. Samuel hizo lo mismo y los tres formamos un estrecho corro. Nos absorbimos en la voz profesionalmente amanerada del locutor.

—Adhesión de la intelectualidad nacional a la obra del Benefactor. Lo más importante en el campo de las ciencias, arte y literatura, han concurrido a una recepción en homenaje a la continuada y firme labor de nuestro Presidente. Ello ha sido tanto más significativo por cuanto la concentración se ha llevado a efecto en la capital del mañana, la ciudad que aún no tiene nombre, mostrando el interés que por este importantísimo proyecto, ya en marcha, existe. En el día anterior ya se reunieron en el futuro palacio nacional las dichas personalidades, obsequiadas con una magnífica cena transcurrida en medio de la mayor cordialidad y camaradería. En la mañana de hoy hizo acto de presencia el Benefactor, acompañado de altas personalidades extranjeras... Se procedió en su presencia a la inauguración simbólica de la presa de La Esperanza, primera obra de envergadura para transformar los hasta ahora improductivos páramos... Por la noche los asistentes regresaron a la capital... El Benefactor pronunció un importantísimo y trascendental discurso, aplaudido ferrosamente por todos los asistentes, y que daremos íntegramente en nuestro próximo boletín informativo... Señores, hoy ha sido un día grande en...

Siguieron otras noticias que apenas oímos. Permanecimos largo rato pensativos. Samuel echó más leña a la hoguera.

—Pues se equivocó redondamente en sus predicciones —dijo, dirigiéndose a Acevedo. Como ve, no ha ocurrido absolutamente nada. Nadie se ha despeñado.

Este, pensativo aún, cerró la radio y la guardó, cuidadosamente envuelta en un pañuelo, en el bolsillo interior de la americana. Sacudía lento la cabeza.

—El equivocado es usted —repuso, todavía manoseando el aparato. Como pasar, ha pasado algo.

—¿Sí?

—Sí. No ha escuchado atentamente o no ha interpretado bien lo dicho. Se habrá dado cuenta que no se cita nuestra desaparición. Al contrario, se insiste en la camaradería y fraternidad y en que todos los actos concluyeron felizmente.

—En eso tiene razón. Pero ello no indica la posibilidad de otros acontecimientos. Además, supongo que no pasarían lista.

—No sé, no sé...

Se dio vueltas a la cuestión hasta muy tarde. Finalmente, echamos los restos de leña al fuego y nos dejamos dormir.

En esta segunda noche lo hicimos profundamente. Únicamente me desperté una sola vez. Las llamas estaban extinguidas y sólo relucía el rescaldo con unas diminutas llamas azuladas como volcancitos que rompían la capa de ceniza for-

mada. A pesar de esto, se siente el frío. Me arrimé a los otros y volví a coger el sueño.

Al amanecer estábamos todos en pie y con un hambre exasperada. Nos agrupamos sobre las cenizas todavía tibias tiritando con el violento frío de la madrugada. La voluntad también estaba aterrida; no nos sentíamos con fuerzas para echar a andar. Encogidos sobre las cenizas, incapaces de seguir, desmoralizados, temblábamos, unidos los tres en estrecho montón. Soñaba con mi casa, con el ambiente familiar, con el trabajo de todos los días. Estábamos desamparados, débiles criaturas desasistidas de protección. Permanecemos largo rato hundidos de la cansada dejadez de nuestros cuerpos. Era preciso cortar.

—Andando —propuse. Por lo menos entraremos en calor.

No dijeron nada. Tomamos orientación por un resplandor aparecido en el extremo del horizonte y dimos continuación a la marcha.

CAPITULO III



Con los días el caminar se hizo automatismo, costumbre. Los pies atraviesan un aire densificado, inhábiles para los pequeños accidentes que se presentan en la ruta. A pesar de ser un desierto, su suelo parece estar cruzado por innumerables senderos. Mientras se anda y se piensa, se es más feliz cuando los pensamientos no están sujetos a la andadura, sino lejos, en otros espacios. No obstante, aunque pensemos en nuestras familias, en nuestra ciudad, en nuestras preocupaciones de entonces, cae sobre el alma el peso de un esfuerzo que nos sitúa dolorosamente en la marcha.

Diez jornadas caminamos primero; después, creo que tres o cuatro. Dormía a intervalos durante los descansos de la noche. La luna aparece en el cielo cada vez más tarde y más pequeña. A veces semeja estar echa de un trozo de ópalo que trasciende de su interior una indefinible luz. El viento se levanta en el llano y lo siento pasar junto a mí aterridor, agonizante, espíritu espectral. Y la repetida sensación de mi finitud ante lo perenne. El ruido del viento me sumergía en una contracción de soledad.

Pasamos el segundo día en una marcha más

larga y duradera. De sol a sol nos esforzamos en avanzar con la dura voluntad de lo que ya no tiene remedio. Al atardecer desviamos nuestros pasos a la cima de unos collados. Estuvimos en uno, en dos, en tres... Desde su pequeña cumbre escudriñamos el horizonte en busca de alguna choza, de refugios abandonados. Sólo la estepa...

Nos echamos en una pequeña prominencia. La tarde se deshacía en extravagantes variaciones y se ensanchaba queriendo ocupar más tierra. Desaparecida la calina, a pesar de la menor luz, alcanzábamos a ver más lejos. Estábamos tendidos en el suelo, boca abajo, los ojos en exploración. Hay algo de consolador en esta tarde que está cayendo; una paz que levanta recuerdos de juegos infantiles en el anochecer, momentos antes de que las madres llamen a recogerse. La suave luz, la quietud ambiental.

Samuel me tocó en el brazo en quedo contacto.

—¡Mira! —susurró apenas.

Su dedo señalaba próximo. Como a cuarenta o cincuenta metros de donde estábamos echados retozaban dos conejos. Estaban en una plazoletilla en el claro de unos arbustos y la disposición del terreno. Se veía perfectamente el girar de sus móviles orejas tomando la orientación de los ruidos. Inmediatamente se unió otro conejo más y, luego, otros, hasta formar una asamblea de siete u ocho. Yo los miraba inmóvil y especulaba con la actuación de una afortunada piedra. Y también desapareció el contumaz cariño que profesaba por los animales y su valiosa vida. Este hambre que no

lograban mitigar los brotes de las hierbecillas, único alimento durante todo el día. Mi reacción de ahora tenía algo de dolorosamente caníbal. Me revolvía inquieto. Los animalitos parecían sentirnos; con frecuencia orientaban sus orejas hacia nosotros. Pero no abandonaron la plazoleta.

Me volví suavemente hacia Samuel. Parecía estar hipnotizado con el grupo de los conejos. Imagino sus ojos negros brillantes como bolas de azabache, atentos. No osaba hablar. Le toqué también levemente en transmisión de mi ruego: «Pienso algo», quería decirle. Pero él me miró y también solicitó de mí lo imposible.

—¿Qué hacemos?

No hubo tiempo para la muda respuesta. Una tremenda detonación me aplastó contra el suelo. «Cazadores, pensé; estamos salvados». Levanté la cabeza escudriñando el contorno. Entonces oí la excitada voz de Samuel.

—¡Suelte ese arma!

Me levanté atónito. Acevedo tenía en la mano un pistolón, un nueve largo, y miraba interrogante a Samuel que le apuntaba con otra, pequeña, muy bonita y casi de juguete.

—¡Suelte eso! —repitió apuntándole al pecho.

Acevedo tuvo un esbozo de sonrisa y señaló hacia adelante.

—No sea dramático —dijo tranquilamente— y vamos a por ellos.

En la plazoletilla quedaron dos conejos tendidos, muertos. No pensamos más ni nos extrañamos, por el momento, del prodigio. Uno de los

animalitos tenía la espina dorsal rota y al otro la misma bala le había penetrado por un ojo. Un tiro doble.

—¡Es asombroso!

Acevedo había hecho un maestro disparo de pistola desde cerca de cuarenta metros de distancia. Aparentemente el hombre menos indicado para tales habilidades. Recordé, y les hice el relato mientras despellejábamos a los animales, el caso de aquel policía, durante la revolución que aupó al Tirano, hacía alardes de puntería. Tiraba una moneda al aire y de un tiro la agujereaba en su vuelo. Este policía era el instructor de los voluntarios.

Aquella noche la leña de la hoguera nos sirvió, además, para asar la carne. Sin sal, cruda en partes y en otras tostada, le hincamos el diente con una desesperación que sustituyó el sabor por otra cualidad no menos agradable, más biológica y como poseyendo alguna virtud de magia, de trascendencia. La carne iba borrando la astringente repulsión de las hierbas y dando su contacto la condensación de unas energías dispersas en el exterior.

Cara a las estrellas fumamos los últimos cigarrillos. El señor Acevedo puso en el suelo la pequeña radio y la conectó. Estuvimos una hora oyendo música y anuncios, alternándose las voces de dos señoritas y un hombre. Sonaba desagradable tanto cambio.

—Casi dicen un renglón cada uno —observé. Están exagerando.

Samuel se removió.

—Sí... Dígame, Acevedo, ¿cómo es que lleva usted ese pistolón?

—Ya ve... Lo cargo siempre conmigo, a pesar de lo molesto que es. Estoy muy metido en cuestiones de política y conviene estar prevenido. Ya saben lo que sucede.

—Desde luego que fue un tiro afortunado —intervine yo.

—No fue afortunado —repuso. Para mí, perfectamente normal. Pertenezco a una sociedad de tiradores y estoy bien entrenado.

—A pesar de ello, un tiro de fortuna.

Quedamos en silencio. Acevedo se revolvió inquieto.

—Es sólo para casos de legítima defensa —se excusó.

Dieron las noticias y ni tangencialmente se nos mencionó. Ni siquiera al Tirano. Los acontecimientos parecían discurrir normalmente. Esto, a mi parecer, no era bueno.

—¿Cree usted que nos buscarán? —pregunté a Acevedo.

—No sé qué decirle —dijo desolado. He perdido el control de lo que está sucediendo.

Samuel se levantó y dio una vuelta alrededor del fuego. Agregó más ramaje. Se aproximó, con las manos en los bolsillos, por detrás de Acevedo. Cuando estuvo junto a él, puso el cañón de la pistolita en su nuca y le amenazó con tranquilidad:

—No se mueva y levante las manos.

Acevedo tembló violentamente en repentino sobresalto.

—¡Por Dios!

—¡Estése quieto! Tú, registra a este hombre.

La escena me pareció algo histriónica. Demasiados seriales de televisión. Obediente fui cacheano los bolsillos de Acevedo: la radio, la cartera, la pistola, un cortaplumas y otros pequeños objetos. El me miraba con los ojos muy abiertos, plenos de asombro. Repetía continuamente:

—Pero señores, ¿están ustedes locos?

Cuando terminó la requisa fue autorizado por Samuel para bajar los brazos. Me recordó un perfecto pistolero.

—Señores, ¿por qué hacen esto? ¿Es que no tienen confianza en mí?

—Déjese de llorar, hombre —repuso Samuel muy tranquilo. No le vamos a hacer daño. Es simple curiosidad.

Tomó la pistola, sopesándola. Luego extrajo el cargador, que guardó en su bolsillo. Yo, en tanto, registraba la cartera. Era de numerosas secciones. Contenía el dinero equivalente a unos cuatro meses de mi sueldo. Fotografías varias, una de ellas, al parecer, de su esposa. Otra de un par de niños. En vano busqué algún documento que lo definiera.

—No hay nada —dije a Samuel.

—Pero, ¿qué esperaban encontrar?

Samuel le alargó el pistolón, sin cargador.

—Tome —le dijo. Puede guardarla.

Acevedo fue introduciendo en sus bolsillos los objetos de que fuera despojado. Yo, desconfiado por la falta de documentos y sospechoso de que su cartera tuviera algún departamento disimulado, no se la entregué.

—No tema —dije a su dueño, que contemplaba inquieto mis manejos—, no le faltará una pizca de su dinero. Mañana echaremos otro vistazo, con la buena luz.

Acevedo, más tranquilo, se situó en posición tribunicia.

—Les aseguro, señores, que nada tienen que temer de mí. Si ustedes repasan nuestras relaciones, aunque cortas, se darán cuenta de lo infundado de toda sospecha.

—Bueno —cortó Samuel. Durmamos.

Una hora después comenzó a llover. Primero, durante unos minutos, unas gotas leves; después un chaparrón que duró media hora y que nos dejó completamente empapados. Del mismo rápido modo desapareció. Conseguimos mantener encendido el fuego, que ya no solamente utilizábamos para calentarnos, sino también para alejar a las serpientes, que afirmó Acevedo eran numerosas. Este abandonó sus meditaciones para ayudarnos y quedó acurrucado junto a las pocas brasas que conseguimos salvar, murmurando quejas y tomado de un completo desaliento. Conseguimos hacer que el fuego elevara grandes llamas; mas, calados como estábamos, pasamos una noche triste.

Adormilados nos cogió el nuevo amanecer, rendidos, incapaces de movernos. Aún teníamos las ropas húmedas y tiritábamos. La gris claridad de la mañana nos puso a la vista un Acevedo demacrado. Sus mejillas enflaquecieron en estos dos días y le colgaban flácidas, descompuestas, y una desolada tristeza en sus enrojecidos ojos. Yo hasta entonces le traté con indiferencia y hasta con dureza y desprecio; ahora me mueve a compasión y me despierta remordimientos. Procuré mostrarme solícito.

—¿Se encuentra mal?

Me miró flojamente. Hizo una mueca de sonrisa.

—Me he metido en un asunto superior a mis fuerzas —dijo. Y es que muchas veces nos enrolamos en aventuras que no nos convienen. Estaría ahora en mi casa, mi buena casa, en seguridad. Una poco clara idea de misión de lanza a intrascendencias fatales. Mal planteamiento, mala coordinación, mala calificación de lo que puede valer el esfuerzo. En fin...

Samuel, acurrucado como un caracol cerca de las calientes cenizas, le contemplaba. Hizo ademán de hablar, pero con una mueca de cansancio cerró los labios y desvió la vista.

—¿Qué quiere decir?

—Que me he metido, profundamente, en situaciones difíciles, demasiado profundamente, llevado de ideas redentoristas, cuyo valor me parece dudoso. Ahora, en este evento, los acontecimientos, o las ideas, se juzgan de otra manera. La ver-

dad es que ni siquiera puedo pensar bien. Si por lo menos pudiera dormir un poco.

Nos acurrucamos alrededor de las cenizas. El sol fue subiendo y nosotros, a su suave calor, quedamos amodorrados. No conseguía dormirme, pero me sentía sumergido en una física emoción placentera. Recibía el calor, lo absorbía. Las ropas acabaron por secarse. Coloqué un pañuelo sobre mi cara y dormí profundamente hasta pasado el mediodía, en que me despertó la conversación de mis compañeros.

Allí echado, bajo el frío quieto de cualquiera de aquellas noches, bajo la distante luz de las estrellas, tan lejanas que no parecen de nuestro propio Universo, sino de otro distinto que nos contempla con impasible curiosidad, con una indiferencia total porque está formado de otra materia y de otros, si los tuviera, espíritus. Tendido sobre este duro suelo, siento el latir de mi otro corazón que se expande y encuentra calor sobre el roquedal, que se identifica con él, con su aridez, con su abandono, con su invisible ser que está ahí a la espera de nada, existiendo de su propia contemplación. Esta puede ser mi casa, puede ser mi tierra. Pienso que aquí el pasar de los días irá con corde con el pasar de mi vida y que mis actos tendrían una justificación sin metafísicas.

Porque esto es extraño. Puede ser también el cansancio, el arrumbamiento de problemas secundarios ante el de la conservación de la vida. Pero ya no me pregunto mis razones de ser, no hay in-

comprensión entre yo y la tierra, no hace falta mediador... Cuando estuve en el Sur, desterrado, entre ella y yo hubo un continuo rechazo. Allí sucedieron muchas cosas pequeñas que no tienen interés sino para mí, y que considero que no pueden mover la curiosidad de gente separada. Cada persona no es una novela. Yo más bien creo que esas estercobiografías son una ligereza o una anodinez. En Rinconada, aparte de mis visitas a Domingo, nunca supe qué hacer. Recuerdo que un día estuve en una venta de Garga, a unos kilómetros de distancia, un triste y miserable caserío. Una venta antigua, amplia hacia atrás y hacia los lados. Volví porque me atrajo su aire antiguo y su ventero excéntrico. La tapa del mostrador está modernizada por una brillante capa de formica de color oscuro. Estuve la primera vez con Domingo, cuando volvíamos un atardecer de Playa Negra, o de La Cala, después de un día de pesca, ocupación que desagradaba a Domingo y que por una sola ocasión y para darme a conocer los alrededores, consintió en acompañarme. Lo consideraba, en cierto modo, entretenimiento impropio. Esta vez, cuando detuve el coche, el ventero se asomó sigiloso a un postigo de la habitación contigua. Demoré el bajar y el hombre, muy serio, asomaba la cabeza y la retiraba con algo de muñequesco guiñol. Evitamos mirarnos francamente. Al tiempo, se hacía de nuevas, pero estoy seguro de que me reconoció. Atravesé el corto patio que separaba del polvoriento camino y entré en la venta. No

había nadie. Al poco tiempo compareció él y le pedí un vaso de vino bueno.

—Muy bueno no es el que tenemos...

Pero sí que lo sería. Aquí hay un vino rojizo, contenido en grandes garrafas de cristal, que no sé como lo consigue. Desapareció largo rato volviendo con un vaso prolijamente lavado. Le pedí también bizcocho y me congratulé, ya que no de otra cosa, de la fortaleza de mis dientes. Hablamos de los tomates, de las sandías, de los abogados, de la tierra. Era agradable estar en aquel salón alto, grande y sombrío, en el caer de la luz de la tarde. Hablamos largo y despacio, sin darnos por enterados de nuestro conocimiento anterior.

Nos separamos insatisfechos. Una hora después, como aún fuera temprano, marché a La Cala, ya cerca de Rinconada, y me introduje en «El Loro Verde», en obras con vistas al aumento del turismo. Van a cubrir la pista de danza, hasta ahora al aire libre. De clientes reconocí al dueño de un supermercado; también deambulaban un par de extranjeros. Yo ya estaba, con los vasos tomados en Garga, un poco atontado. Tomé con mesura un venenoso whisky canadiense y un platillo de cacahuets. Una estafa... Me sentía pesado y triste a pesar del alcohol. Todavía estaba hundido en una marea de turbación y extrañeza que me empapara desde el momento en que desembarqué, hacía ya meses. A pesar de la compañía de Domingo y de mis compañeros del colegio, seguía absorto en un penoso estupor. Siempre fue así. Una repe-

lencia mutua con el contorno, una discordia honda y casi angustiosa.

Escaso refugio el de los compañeros del colegio, nuestro famoso colegio perdurando tenazmente desde la época leíma. Allí campa Whasingtona Pérez, o Whasington, que siempre se la nombraba por el masculino. Guasintona Pérez, fonéticamente escribiendo, solterona, cincuentona y rencorosa, con la mala idea en vanguardia, presta al quite, presta a lanzar la estocada. Dos admirables ojillos de un gris desvanecido; no admirables por su belleza ni tampoco fealdad, sino por su cambiante expresión. Treinta y tantos años paseándolos por las escuelas, con su cuerpo ágil de todavía bruscos movimientos muchachiles; largos trajes según la moda, y posiblemente confeccionados, de muchos años atrás. (Tiene una lujosa vestimenta de seda para hacerla admirar cuando convenga.) El infeliz director, de carnes temblorosas y espíritu asustadizo, la hizo rotar anualmente de un grado a otro, repartiendo, diluyendo en el conjunto, el maleficio de sus enseñanzas. Obliga a reflexión el hecho de que, en contraposición del temor que causa a sus compañeros y compañeras del colegio, es incapaz de gobernar a la menuda plebe. Estaba con los pequeñines, aunque mejor estaría en su casa cuidando de sus flores y de sus pajarillos. Pero no cuida exclusivamente flores por dos convergentes razones. Pagada por el Estado, la primera, lanzada aquí no sé por qué chanchullos. La otra es que en busca de nuevas subvenciones, para lo que el director no parece tan inútil, pusieron

un par de clases gratuitas, y allí la han dejado. No me imagino cómo acabará el folletín. Pero tal vez doña Guasintona Pérez no sea precisamente rencorosa en toda la validez del concepto, sino que ha decidido que a la vida hay que darle el necesario juego. Ella es una artista que planea deportivamente sus sistemas de fastidiar en ese propicio ambiente cuasineurótico que parece germinar como en estufa en los colegios de profesorado numeroso. Uno de sus primeros actos, un acto de maestría, fue conseguir dislocar el conjunto mujerial, englobando en la discordia a un par de señoras hasta entonces sensatas y equilibradas. Se vigilan las unas a las otras. Asoman sus oteantes cabezas al patio de juegos... Un ambiente mediocre, baboso, ínfimo, que se ha introducido hasta en sus vidas particulares y las ha rebajado.

Agobiado por la soledad recurría a Domingo, no siempre disponible a causa de sus ocupaciones y otras amistades. Con él las relaciones tomaban otro cariz diferente. Me acogía con una afectuosa frialdad, impersonal, que no acababa de convencer. Su conversación se enfoca hacia mayores alturas. Sociales, políticas, históricas. Por ejemplo, me dice:

—El poder de la cultura, aún de esa cultura difusa... Creo haberle contado los esfuerzos que supusieron mis estudios, penosos más allá de lo corriente. Usted, como yo, tuvo muchos compañeros que dejaban pasar los cursos en blanco; aquellos fueron períodos de fiesta y animación, incluso tal vez más que las mismas vacaciones, se-

guramente para algunos períodos de estúpido aburrimiento. Obtuvieron sus títulos. De esa gente, me dirá usted, nada se puede esperar, pero sucedieron casos en que, después, los últimos fueron los primeros... Ello proporciona más un sentido de capacitación abstracta que de concreta instrucción.

Domingo iniciaba una de sus pausas para colocar un cigarrillo en la boquilla gruesa y alargada. Al hacerlo emplea una atención ceremoniosa. Los ojos fijos en la maniobra y todo el cuerpo coadyuvando a la sencilla operación. Esto, al principio, me dejaba perplejo ante tan innecesario cuidado. Pero acabó por encantarme el ritualismo que ponía en las más pequeñas cosas, esa cierta rigidez y también suavidad; una mezcla que produce una peculiar elegancia y, a mi ver, exteriorización de su característico funcionamiento mental.

—Pero lo que aquí interesa —continuaba, una vez dadas unas cuantas aspiraciones al cigarrillo, y mirando el movimiento del humo— es que bien o mal, nos transforma; varía el modo de enjuiciar los problemas y de considerar a nuestros semejantes. Perdemos mucho de absolutismo. Y eso para todos. Existe una gran diferencia entre yo y la gente de mi generación con los que conviví en mi infancia, pero que siguieron el camino del peonaje en cualquiera de sus formas. En cambio, con los que permanecieron un mayor o menor número de años en las aulas, la comprensión, aunque no el acuerdo, es perfecta.

Yo asentía a sus razones. Aún con él me era imposible alejar la sensación de destierro, de aislamiento. Faltaba la única comprensión válida: la del hombre con el entorno que le envuelve.

Aunque ahora estoy bajo este cielo frío, casi fugitivo, siento que esta dura estepa puede ser mi propio paisaje, la tierra para vivir y para expandirse.

La relación de pensamientos me lleva de nuevo a Domingo. ¿Estará detrás de nosotros, a una, a media jornada de distancia? Me lo imagino con la mirada tendida hacia adelante y la metralleta al brazo, con su específica y dramática serenidad.

Acevedo nos salvó, acaso, la vida con su habilidad de tirador. Y había que pasar por sus exteriorizaciones variables y a veces inesperadas. Con los días aflojó en su postura de queja feminoide y remilgada. En las marchas era un pobre diablo dolorido, enmascarador del potentado dueño de las cerveceras, engolado y displicente, facha que todavía en ocasiones adoptó, sobre todo en cuanto recuperaba algún fondo de energías.

Al ir cayendo el sol sobre el horizonte parábamos mayor atención a los lugares que entonces cruzábamos. Los conejos sienten predilección por reunirse en ciertos lugares, a manera de plazoletas, fácilmente reconocibles por los montones de bolillas de excrementos. Abundaban, no combatidos quizá sino por las serpientes y las aves de rapiña que a veces veíamos planear en el cielo sin apenas mover las alas. Cada tarde Samuel le entregaba

un cartucho y Acevedo se transformaba: pierde su apariencia de infeliz; en sus ojos brilla una curiosa atención y todo su aspecto adquiere dignidad. Dispara echado en el suelo, postura forzada, por otra parte, ya que era necesario permanecer ocultos. Forma valla con los dedos de la mano izquierda para apoyar la pistola.

—Les advierto que hago esto porque tengo la mano temblorosa de cansancio. Si no, podría tirar a simple pulso.

Cada experiencia fue para mí una espera molesta, temiendo verle fracasar. Pero no sucedió ni una sola vez. Gastó las nueve balas y en cada ocasión hizo blanco.

El quinto día pasó un gran avión cuatrimotor. Un automático miedo nos hizo aplastar contra el suelo. Su aparición sobre aquellas soledades adquirió un carácter melancólico y extraño.

La ligereza de las primeras andaduras, hubo de abandonarse. Ya no era posible llevar tal tren de marcha. Creo que en total caminaríamos unas seis o siete horas, y más bien a paso lento, cada día. Con frecuentes descansos, inútilmente a veces masticábamos las verdes hierbas que teníamos que tragar casi enteras. Pero siempre encontramos en nuestro camino algún regato, alguna charca terrosa o agua almacenada en la concavidad de lugares rocosos. En otra estación hubiéramos perecido irremisiblemente de sed, aparte del hambre, y ésta era nuestra continua acompañante. El hambre constante crea una transformación de la mente. Un día, otro y otro, continuamente el ansia del estóma-

go insatisfecho; acaba dominando todos los pensamientos. La vista se agudiza, distingue de lejos las diferentes plantas. El éxito es encontrar raíces de helechos en las barranqueras. Poco a poco se va perdiendo la condición humana.

El hambre y la debilidad me suscitaban como borracheras. Afectaban peculiarmente a la consideración del paisaje, comunicándole tonalidades y hasta, supongo, estructura diferente. La relación con mis compañeros quedaba rota; o bien iba solo o me figuraba acompañado de una multitud bulliciosa discutidora de cuestiones diversas, que se acaloraba y reía. A veces contemplaba paños como banderas y oía músicas. Esto tuvo la ventaja de que entonces no sentía hambre ni sed, ni tampoco el desierto. Continuaba mi marcha junto a los otros dos, siguiendo inconscientemente a Samuel, siempre a la cabeza.

Acevedo flaqueó con frecuencia. Caía al suelo. Suplicaba con una voz nueva, bronca, rota.

—¡Parémonos, pór favor! ¡No puedo más!

Nos miraba con ojos desamparados, tristes.

—Un momento nada más, para descansar. Luego seguiremos.

Nos costaba abandonarlo. Ya era uno de los nuestros. Caíamos a su lado sumergiéndonos en una somnolienta estupefacción. Nosotros dos tampoco teníamos resistencia. Pero no hay modo de acabar, de morir diluidos en la indiferencia de la estepa, adormecidos. Teníamos miedo, un miedo agudo que nos obligaba a plantarnos en pie y seguir.

Gastamos el décimo día el último cartucho. Después, con la pistolilla de Samuel, al parecer inútil para realizar tales proezas, sólo consiguió un blanco de un total de seis disparos. El decimotercer día fue trágico, moralmente trágico. Apenas avanzábamos; Acevedo estaba totalmente inutilizado. Intentamos llevarlo entre Samuel y yo. Era imposible, no teníamos fuerzas ni para nosotros mismos. El gemía, se desmoronaba. Estaba perdido. Creo que se daba cuenta de que orillaba el borde del abismo, que éste le estaba atrayendo con una fuerza sorda, constante.

—¿Ustedes no me abandonarán, verdad? ¿Eh? ¿Ustedes no me abandonarán?

Había que apartar la mirada del ansia de sus ojos. El resto de su cara eran colgajos cubiertos de polvo. Quedábamos sentados en el suelo, bajo el quemante sol y ante el sin fin de la lejanía. Le decíamos algunas palabras. Respiraba fatigoso, como un agonizante. Se aferraba a nosotros; sus manos nos agarraban con fuerza y, también, con algo de caricia.

—Por favor, cállese. No le dejaremos.

Aspiraba el esperanzado aire de una futura primavera. Se alegraba su vista. Miraba muy lejos.

—Cuando esto termine haremos un nuevo planteamiento. Yo soy rico, bastante para los tres. Hay tantas cosas que hacer...

Penosamente alcanzamos una gran barranquera, un pequeño cañón. Descendimos al fondo y nos arrastramos por entre las altas hierbas. Acevedo arrojó un manojo que estaba masticando y comen-

zó a llorar. Luego pareció perder fuerzas hasta para quejarse y quedó en silencio. De pronto dijo:

—Tengo algo muy importante que confesar.

Le miramos con despego. ¿Qué tenía que confesar? Nuestro interés por sus confesiones estaba muerto. Seguimos en nuestra sonámbula busca vegetal:

—Bueno, déjelo. Procure comer.

—¿Comer? ¿Qué comer?

No estábamos para mimoserías y discusiones y quedó sólo con sus lamentos. El lugar era de los más propicios hasta entonces tropezado. De nuevo babeamos un líquido verde, combinación de plantas quemonas con otras astringentes y otras insípidas, elemental sabiduría comunicada por la experiencia. Creí en la posibilidad de que un hombre pudiera vivir largo tiempo en aquel barranco y, en general, en la estepa.

Reunimos cantidad de ramas secas que llevamos a una cueva cuya boca estaba murada parcialmente con piedras. También de piedra había dentro un rudimentario hogar. Encendimos la leña y, para ampararnos del humo, salimos fuera. Acevedo seguía sentado en unos matojos. No había comido, inmerso en uno de sus depresivos cambios de humor. La vida feroz y penosa ahoga los sentimentalismos, sobre todo cuando el individuo no se esfuerza por luchar. La dedicación a otro es una rémora para la propia salvación.

—Vamos, Acevedo, pase usted dentro.

Se levantó con esfuerzo de su asiento de hierbas; hubimos de ayudarle hasta la caverna. El no

poder andar barrió su indiferencia tornándole de nuevo a sus miedos, a sus miradas molestas. Preguntó por la comida. Siempre era el mismo.

—Ahí fuera está. Ya nos vio tomar la nuestra.

Se echó desalentado. Dijo que tenía diarreas, dolor de estómago, y que no podía seguir a base de hierbajos. Daba lástima, pero nos encontramos imposibilitados para ayudarle.

—Esperemos a mañana. Amanecerá bien.

Quedó más tranquilo. La hoguera estaba apagada, es decir, las llamas, y quedaba un vivo rescaldo que fuimos alimentando poco a poco con ramitas. Nos estiramos en el suelo. Samuel, como al descuido, le preguntó:

—¿Qué dijo usted que tenía que confesar?

—¿Confesar? —repuso con una voz repentinamente hostil. Nada hay que confesar.

Ahora se nos mostraba enemigo, nos achacaba injustamente su desventura. Si no hubiera sido por nosotros, él gozaría de las comodidades de su casa. Sus palabras fueron despectivas y rencorosas.

—Bueno, está arrepentido —dijo sin interés Samuel. Tal vez nos ha tomado miedo.

Acevedo rió entre dientes y nos contempló, ahora, con miseratativamente, casi paternal. Estaba recostado contra la pared de la gruta y sus facciones deshechas reflejaban el apagado fulgor de las brasas.

—No hay nada que temer. Ninguno de nosotros regresará. Pudo hablarles tranquilamente con la confianza de que no han de descubrirme. Siempre han estado equivocados conmigo. Les llevo veinte

años, se sienten jóvenes; pero cuando yo muera, ustedes no me sobrevivirán ni un par de días. Ahora les estoy contemplando y tienen un gracioso aire de esqueletos de carnaval. Mírense mutuamente, les ruego, sus juveniles calaveras.

No nos miramos. Sentí una contracción desagradable.

—Ya no nos faltará mucho para salir —dije amigablemente.

El volvió a su risita.

—Yo estoy rendido, imposibilitado para seguir, y tenía diez o doce kilos de grasa que quemar más que ustedes. Además, no es preciso sino mirarlos.

—¡Está bien! —repuso Samuel fastidiado. ¿Qué es lo que tiene que decirnos?

Acevedo nos miró a uno y a otro.

—Yo —dijo— soy agente del Benefactor.

La noticia no me tomaba de sorpresa y, por entonces, carecía de un mayor interés.

—Ya me lo supuse —le respondí suavemente— cuando protagonizó usted aquella carnalada en el banquete. Siento que el Tirano pierda tan eficaz ayuda. Pero morirá en acto de servicio.

Quedó pensativo.

—Eso del acto de servicio merece meditación. Yo no soy un agente cualquiera del Benefactor, un espía, por ejemplo. Soy mucho más. Me embarqué voluntariamente en una gran empresa en la que puse toda mi fe. Mas hay tiempos y tiempos, coyunturas en las que son posibles unas ideas y coyunturas en que estas mismas ideas, aún siendo ciertas, son fantasmas inoperantes. El posible éxi-

to estaría en averiguar cuál es la verdad —y sospecho que también la mentira— apropiada para cada tiempo, aceptable, digerible... Cuando elevamos al Benefactor teníamos un gran caudal de temas para desarrollar y éstos fueron contrastados oportunamente para determinar cuál de ellos podía lanzarse inmediatamente al mercado y cuáles era preciso disfrazar. Un defecto fundamental es que sólo son aptos para algunas facciones, para que luego de éstas, modificadas en lo conveniente, trasciendan al resto.

Los discursos precisan de su propio ambiente, no éste. Sus palabras se adscriben la importancia de temas lejanos, sin urgencia, juegos de salón que ya están gastados.

—Nuestra nacionalidad, al igual que la de los demás países del área, está basamentada en una quebradura radical, en una falsedad que viene traspasando nuestra sicología histórica y en parte nos incapacita y nos deja al garete. Nos agarramos a lo que precisamente no somos: decimos latinos, eslavos, magiares, germanos... Cuando conseguimos la noción de estados nacionales, después del feudalismo, abatida la unidad leima, se supuso que nos habían crecido un par de pies nuevos. Aparecieron las lenguas vulgares y después nos congratulamos de ellas y nos deshacemos en sus elogios; y también de tener la nariz de ésta o de otra forma. Las estatuas, los héroes, los colorines, las músicas... ¿Qué realidad profunda tiene esto aparte de su paralelismo masturbativo? Supongamos que el hombre es mucho más grande. Eso son

raquitiques, enanismo, neurastenia, propios de las mentes encogidas y de pocos horizontes. Las fuerzas reales verdaderas pueden ser mayores y dar al hombre amplitud, no lo chirriante donde volcamos nuestras frustraciones. Es preciso tirar por la borda las construcciones queridas y encajarnos en el hecho ineludible que es un continente, no los emocionados lloritos de «yo soy desde esta montaña hasta aquel río». Hay que aceptar la lucha con todas sus molestias primeras y destruir estúpidas vanidades y sus proyecciones territoriales. Tirar al muladar las anécdotas fundamentales con que nos damos placer...

—¿Y usted qué pinta en ese tinglado?

Me miró de reojo.

—Mi misión es catequística. Escoger o buscar los mejores hombres para formar un núcleo del que pueda partir una expansión. Hasta que no nos encontremos con las verdaderas raíces, con las nuevas raíces, estaremos dando vueltas alrededor de cosas que ya hieden. Si eres perro no quieras ser gato, puedes, sí, aprovechar las cosas del gato que pueda hacer el perro.

—Sí, eso está bien. Pero lo del perro y el gato...

—Se habla de la hermandad de todos los hombres, de sociedades internacionales, se convocan gloriosos simposios... No es eso lo importante, ya está dado. Es inoperante y da origen a líneas equivocadas. Es una convicción propia, íntima, que a todos atañe. Por demagogos y otras gentes, por rutina, se exalta lo que se debiera honestamente callar.

Sabía algo de esa doctrina y de su escaso valor como fuerza social. Actualmente era una pura utopía.

—Existe gente —le repuse— que piensa como usted. Sus argumentos debieron tener unos más naturales límites operativos, como usted dice. La influencia en ese superior encontrarse, en relación con los destinos de nuestro país, será nula. Son hilos demasiado delgados y sutiles para que nada puedan atar.

—No lo son, y si lo son con el tiempo pueden transformarse en potentes maromas. Estimo que uno de los méritos principales del Benefactor es el de tomar en cuenta los inconscientes nacionales. El desdeñarlos ha llevado a muchos países al desastre interior y exterior.

Siguió desarrollando la doctrina algún tiempo más. Samuel, tendido en el suelo, barriga abajo, le interrumpió.

—Me interesa más la relación entre sus ideas y su escapada. Si usted es agente del Tirano, ¿para qué esa huida? ¿Qué necesidad tuvo de representar la comedia para cumplir su, al parecer, alto cometido? Y, finalmente, ¿qué interés tuvo usted en unirse a nosotros y caer en esta lamentable y peligrosa aventura? ¿No será un acto más de su representación?

Acevedo sonrió tristemente; levantó sus desmayados brazos hacia el techo; dejó la acción interrumpida apenas comenzada, por cansancio.

—Créame, son trampas en la que uno mismo cae. Se ha dicho de las ideas y de los bienes ma-

teriales que aquéllas son más fuertes y nos empujan... Nosotros pensamos crear un gran Estado natural de una manera efectiva que comprendieran estos enormes Balcanes. Hubiéramos pasado de mútuos hostigadores periódicos a trabajar en conjunto, aguijoneados por algún que otro gordo del exterior. Nuestro hombre sería entonces depósito de libertad y dignidad. La actual situación es un hecho humanamente criminal.

—Precisamente se siente lo contrario. Bien... En la conducta de usted hay mucho de inexplicable. No le reprocho sus fantásticos proyectos —intervine yo—, sino los procedimientos empleados, aparentemente estúpidos. Se comporta usted extrañamente.

Hizo un vago gesto con la mano.

—Los objetos valiosos hay que guardarlos con cuidado para que no se estropeen. Las ideas se gastan en cuanto pasan a manos de los muchos, se encanallan, pierden vigor; y más si exigen un poco de sacrificio y la ruptura de queridos tópicos. Tenemos una escala de operaciones, para ciertos aspectos de nuestro plan, bastante restringida en cuanto al número de individuos.

—Sociedades secretas...

—En efecto. Una especie de masonería: disciplina, obediencia. Ciertas misiones realizadas por mí me son desconocidas en cuanto a sus fines últimos. Esa será, posiblemente, la incongruencia que usted ha percibido.

Afuera la noche estaba apacible en su soledad. Samuel parecía dormir. Coloqué nuevas ramitas

en el fuego y eché un vistazo a la oscuridad. Tuve confianza, de nuevo, en que todo acabaría bien. No podía faltar mucho para el fin de nuestro viaje. Acaso un día o dos. Forzosamente habríamos recorrido cerca de trescientos kilómetros, aún descontados los rodeos inferidos por nuestra no muy exacta orientación. Pronto tropezaríamos con el primer poblado.

—Y su unión con nosotros, ¿qué significa?
—le lancé la más importante de todas las preguntas.

—Su significado es la solventación de un fallo. La actual juventud por sistema, por rutina acaso, es contraria al Benefactor; no existe un grupo mediano que lo respalde con entusiasmo. Hay que removerla porque sin ella los proyectos son difícilmente viables. Y más aún a la juventud ya formada, concretamente, ustedes. Interesa muchísimo. No la queremos para acciones callejeras, por lo menos en un principio, sino para la plena dedicación intelectual, social y demás. Con ello se formará un recio cuerpo perdurable.

Removió su dolorido cuerpo, acomodándose.

—A mí me correspondió trabajarles a ustedes, suscitar su conocimiento, entrar en sus vidas. Es, en verdad, un honor que se les hace, una categoría que se les concede. Pero nunca imaginé que pudiéramos llegar a esta situación.

Acevedo siguió hablando, en una larga exposición de planes y principios. Poco a poco le fui dejando de oír hasta que quedé dormido. Cuando,

a lo largo de la noche, desperté un par de veces, le oí respirar pesadamente.

Al día siguiente nos torturó de nuevo. Amaneció desprovisto de su relativa indiferencia, otra vez apegado a sus dolores y al latir de su vida. Anduvo buscando hierbas y, al ponernos en camino, parecía con más ánimo. Fue cosa de poco tiempo: a su exhausto cuerpo le era penoso seguirnos. De descanso en descanso estuvimos desplazándonos hasta el mediodía. No sólo él, todos nos encontrábamos agobiados por una tremenda lassitud y una casi imposibilidad de movernos. Mientras el cielo se fue oscureciendo y se formaron unas nubes altas, desflecadas y embutidas de masas grises. Comenzó a llover. El agua nos calaba y nosotros, tendidos en el suelo, la aguantábamos mansamente. Progresivamente nos fuimos enfriando. La tierra, al absorber la lluvia, hacía un leve murmullo, como de succión.

Samuel, cansadamente, se puso en pie.

—No podemos quedarnos aquí. Es como morir desangrados.

Yo también me levanté. Agotábamos las últimas energías de nuestros cuerpos. Acevedo nos miró aprensivo, mortecino. Parecía un niño temeroso.

—Un momento más —pidió. Luego nos iremos.

—Imposible. Cada minuto que pasa disminuye nuestras fuerzas. No podemos gastarlas inútilmente en evaporar el agua.

El horizonte aparece cerrado. La lluvia daba un cambio fundamental a la percepción del pai-

saje; lo transformaba en otro más dulce y apacible.

—¡Vamos, arriba! —ordenó Samuel.

Acevedo se levantó despacio, igual que un camello, con una cambiante expresión de mártir.

—No podré caminar...

—Pues escoja entre eso o morir.

Dio unos cuantos pasos y se detuvo sollozante. Se dejó caer al suelo. El desgraciado daba una acuciadora sensación de desamparo. Le tomamos por los brazos y le pusimos en pie. Así marchamos un rato. El comenzó a hacer planes para el futuro, un futuro en que aparecíamos premiados. Su apoyo nos era un pesado fardo y mis piernas vacilaban. Continuó cayendo una lluvia fina. Se me puso una niebla en la cabeza y perdí la noción del lugar. Creo que entonces me figuraba estar en la esquina de una calle y que exhortaba a unos hombres que me miraban remolones y desconfiados. No podía, con mis palabras, convencerles, entusiasmarles. Lentamente me quité del espectáculo y al recobrar el sentido de lo real estaba echado sobre la tierra. Samuel nos miraba con desesperación.

—¡No podemos parar! ¡No podemos parar!

Apenas pude ponerme en pie. Acevedo quedó en el suelo. Era un espectro, un guiñapo que aún respiraba. De su cuerpo únicamente la cabeza tenía movilidad. Lo otro era una masa informe, blanda, derretida. En sus ojos contaba su vida y su desesperación. Conservaba la voz fuerte; no le suponía esfuerzo el hablar. El desgraciado re-

sistió lo que pudo. Movi6 la cabeza tristemente.

—Ya s6 que no puedo m6s.

Samuel tambi6n volvi6 a echarse.

—Ni yo tampoco. Pero es preferible acabar andando que comido por las aves. Todav6a podemos escapar.

Acevedo dirigi6 su hist6rica cabeza hacia el cielo. Las nubes y la lluvia lo cubr6an todo.

—Si descansamos un momento, nada perderemos.

Perdimos la conciencia, embrutecidos, aplastados contra la tierra que comenzaba a enfangarse. Me adormec6a y sent6a una fusi6n con ella, una diluci6n agradable y un no importarme acabar de esa manera. Ca6a la mansa agua y yo sent6a su leve choque como una caricia adormecedora, run-runeante, musical. Un olvido de todo, de mi cuerpo, de m6 mismo. Hab6a una apagada sensualidad en el dejarse ir, un instinto de aniquilamiento.

Cuando al fin nos levantamos hab6a cesado de llover. El airecillo, al filtrarse por las ropas h6medas, causaba escalofr6os. Un luminoso sol se filtraba a trav6s de unas nubes m6s d6biles. La idea de enfrentarme de nuevo con el camino me produjo una impresi6n de tristeza y de fracaso, de imposibilidad, de abandono. La estepa no ten6a fin en nuestro derredor. Me volvi6, en mi vac6o, hacia mis compa6eros y me dio l6stima su desamparo; me sent6 unido a ellos, ansioso de su calor y, a la vez, de darles el m6o.

De nuevo nos arrastramos con pasos vacilantes en el orden de siempre. Una marcha de vencidos.

Ahora los presentimientos y un vago terror pesaban sobre nuestros espíritus. La conciencia de nuestra soledad se hizo amplia, desbordada, como si no existieran más hombres sobre el planeta. Mejor era adormecerme, pegarse otra vez a la tierra, dejarse ir.

La viscosa pesadilla de Acevedo. Paraba cada dos o tres minutos, clamando piedad, rogando lastimero que no le abandonaran. Fue angustioso oír cada momento su caer a tierra y sus lamentos. Desalentados, parábamos junto a él y nuestra visión se perdía, instintivamente, en el confín.

—¿Verdad que no me abandonarán? Hace frío... ¿No me abandonarán?

Eran sus fijas palabras. Sus ojos pasaban de uno a otro y con sus manos intentaba asir nuestras manos.

El tiempo mejoraba. Las nubes desaparecieron y el sol nos dio de lleno, ya inclinado en su carrera. La brisa fue más fuerte y se sentía su rumor al pasar por sobre los matorrales. Samuel incansablemente nos exhortaba a seguir, como en una desesperada cantinela. En él, más que un sentimiento de conservar la vida, más bien añadido a él, había un tesón de lucha, de vencer.

Así seguimos un tiempo más. Como autómatas estuvimos andando hasta el anochecer. Últimamente me notaba, si no menos cansado, con una especial ligereza, desprovisto de algún peso que hubiera estado gravitando sobre mí. Continuamos la marcha hasta que no pudimos distinguir donde poníamos los pies. Al reunir los arbustos

secos nos dimos cuenta de que ya estábamos solos. El otro compañero quedó atrás, en alguna parte del camino.

Cuando nos abandonó Acevedo no estábamos en condiciones de recuperarlo y a la nueva mañana tampoco su desaparición pudo conmover nuestra densa apatía. Dijo Samuel, sin entusiasmo:

—Si volvemos atrás quizá aún le encontremos vivo.

Pero el pobre Acevedo quedó solo, perdido en la inmensidad. Instintivamente miré al cielo, de nuevo. Adiós... Sus afanes de servicio... También a él alguna oculta frustración le lanzó a la creación de un enternecedor, en su corazón, superestado.

La segunda víctima habría de ser yo mismo. Estuve con el conocimiento perdido durante incontables horas, traspuesto a otros lugares. A pesar de ello, caminaba junto a Samuel, roía hierbas y juntos descansábamos. Pero aunque seguía tras él, los parajes eran distintos, transformados por mis alucinaciones y entremezclados de figuras de sueños. Comenzó mi delirio aquel atardecer, un atardecer que, en mi mente, nunca acabó. Nunca, entonces, vino la noche, ni tras ella, un nuevo día. Entonces se había destruido el sol. De allí en adelante caminamos y vivimos encuadrados en un eterno crepúsculo, agobiante, interminable. El sol quedó perennemente oculto y sólo recibíamos una mortecina luz gris que dejaba penumbrosas las

lejanías; una muerta luz posada en los objetos, sostenida en el aire.

Atravesábamos la estepa más fugitivos y clandestinos que nunca, nuestras rotas chaquetas cerradas hasta el cuello y las solapas levantadas, arrastrando los pies, hasta que todo se perdió de vista y, también, del pensamiento y, también casi, de esta tierra.

El Tirano y sus guiñoles, sus muecas, su mover de manos, pasaron al mundo de las sombras; su recuerdo, en lo futuro, no tuvo más fuerza que la de lo pasajero, o el de una vista de una catedral, o el de la contemplación de una montaña.

Transformóse el cielo en inconcebible, tan pendiente como la falda de una montaña. A veces, para avanzar, teníamos que apoyar las manos en la tierra. Y en torno nuestro la extensión ilimitada. Y la humilde luz crepuscular... Después pasamos a regiones más asequibles, pedregosas, siempre sin fin.

—Cuando yo era pequeño —habló Samuel una vez— me agradaba perderme en la tarde y en la llanura, en aquellas llanuras. Para mí, entonces, las dos cosas eran una misma sola.

Hice esfuerzos para entenderle. Durante esas horas trabajé en ideas inconexas, pero que me daban una común sublimación que no podía concretar. Disminuí el paso. Le observé. Estaba cubierto de tierra y sus facciones canelas estaban atravesadas por unos hilillos más claros.

Hice un gesto indeterminado con la mano. Pensé entonces que la tarde y la llanura representan

la ausencia de los demás, su alejamiento hacia los lugares donde parece condensarse la oscuridad, o hacia los puntos que no son llanura, sino excrecencia o tumor.

Después de un rato, completé en alta voz.

—En el llano y en el atardecer jamás se encuentra a nadie. Si una persona se acerca, la tarde y la tierra pierden cualidad. Realmente sólo ha de verse uno mismo.

—Eso siempre está sucediendo. No puede uno dejar de contemplarse.

—Pero no se hace con la verdadera medida.

Marcha lenta y silencio. Estábamos siluetados contra el camino y, a ratos, contra el apagado cielo, por la luz enferma. Lejos, pero muy lejos ya, caminarían otros hombres o dormirían los justos. Al otro lado de esta magnética muralla, de este vacío cargado con nuestra propia irradiación, están nuestras botas y nuestras camisas; todo nuestro cotidiano ajuar; el paseo por el parque; nuestros padres y nuestros, de Samuel, pequeños hijos... Pero otra ancestralidad nos conduce a ciegas, nos dirige hacia lugares que no son salvaguardia ni huida, no son parajes de reposo. Es como si uno pretendiera ensamblarse con la supuesta rotación de todo ese universo desconcertante que todavía no está aprehendido por nosotros ni por nadie.

Le hice una última pregunta.

—¿Hacia dónde vamos?

Estúpida pregunta. Samuel la contestó encogiéndose de hombros.

Tendremos que caminar siempre. Quizá ya era imposible comprendernos parados en la penumbra de la estepa.

Vinieron tierras varias, paisajes sólo de mi mente. Un muro enorme, vertical, cuya cima se pierde en los altos cielos, esfumada su cumbre en los azules lechosos, cimas más altas que la mayor altura de las montañas de la Tierra. Las nieblas se forman cerca y ascienden pegadas a su pared. Van ascendiendo y se contorsionan en la subida, se adelgazan y disuelven. Queda como la música del viento hacia allá arriba, tirando de nuestras alucinadas almas no se sabe hacia dónde.

CAPITULO IV

Desperté en un bosquecillo. Mis nuevos ojos contemplaron con extrañeza los árboles y las hojas que campaneaban a la brisa. Mis ropas estaban casi completas y mis manos normales. A mi lado Samuel, tendido en el suelo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Samuel giró sobre su cuerpo y se volvió hacia mí.

—Nada —repuso. Te echaste y te negaste a mover.

Pero lo cierto es que estuve dos días como un sonámbulo. El paisaje antiguo desapareció. La tarde se transformó en noche, y de nuevo las amigas llamas surgían de la hoguera, volteando, desprendiendo ramalazos de humo.

—Tenemos que estar muy próximos —observó Samuel. Incluso quizá hayamos rebasado alguna aldea.

No le repuse. Poco a poco fui cayendo en el sueño y no desperté hasta entrado el día siguiente.

Buscamos la salida de la arboleda. El paisaje vira de una forma rápida. Transforma su sequedad y adquiere tintes más verdes. Vimos el primer río. Un río pequeño, pero verdadero. Inmaculado. Las

transparentes aguas dejan ver las ondulantes hierbecillas de su fondo. También nosotros estábamos cambiados. No sabíamos ni cómo reaccionar ante la corriente de agua. Bebimos; pero luego, al partir, nuestros pensamientos anduvieron vagos por los cielos, vacíos de todo propósito. Y, finalmente, lo que apenas consiguieron el cansancio y los sufrimientos, el destierro, cayó sobre nosotros. Una agria tristeza fue llenando, igual que un líquido, el pellejo de nuestros cuerpos. Me sentí insuficiente, falta de apoyo, preciso de una fuerza que me sostuviera plantado y erecto en contra unos espíritus ajenos, indiferentemente malignos; espíritus grandes que ocupaban desde el piso de la tierra hasta las estrellas.

Sentí deseos de estar solo, de que mi compañero muriera, de que escapara. Samuel se transformó en un ser que me repelía. Si le pudiera alejar...

Teníamos próximas las estribaciones de la cordillera. El sol lucía mágicamente en un cielo limpio y el aire estaba inmóvil. Permanecimos sentados sobre unas piedras musgosas rodeadas de una pradera con flores. Sueño, deseos de dormir; dormir, pero sin perder la conciencia. Una justificación de la vida: estar sentado siempre, de cara al sol y recibir inmóvil su quemante caricia durante horas y horas, hasta que se ocultara en el fin de la tierra. Yo seguiría sentado, como un buen indio, fijo en la estela del astro y entonces no pensaría en nada. Y cuando saliera el sol yo también volvería a renacer, pero sin pensamiento ni visión

consciente del contorno. El sol dando sobre mi figura, tostándola, penetrándola de su calor; yo lo sentiría y la ligera noción de mi existencia. Y así durante años. Acabaría por petrificarme y confundirme, como un elemento más del paisaje, no de éste precisamente ya, sino del gran paisaje que todo lo comprende, que todo lo contiene.

Se cae suavemente en una beata felicidad. Se sueltan las conexiones que mantienen la vida alerta e iba quedándome vacío, feliz.

—Esto está bonito —observa distraídamente Samuel.

Abandono lentamente mi sueño. Miro alrededor. Sí, era bello, verdaderamente hermoso. Samuel estaba ante mí, de espaldas, encorvado y vencido. Le observé compasivamente, ya sin odio, y decidí matarle. Entonces mi compasión era igual a la que suscitan las florecillas del campo que son holladas por el paso de los inocentes animales. Y los mismos animales, los dulces animales y las sanguinarias fieras, toda esa masa que siente y que se mueve, eran como Samuel. Hace falta mucha compasión para derramar por el entero mundo; abrir los ojos a los hombres y a las bestias; aniquilarlos, si pudiera ser, con un gesto de la mano, y verles dormir ese sueño que llaman eterno.

Es imprescindible matar a Samuel... No sólo el hombre es reflejo de los demás hombres, sino que también lo es de los animales, de los bosques, de los astros. Pero sobre todo del hombre sobre el hombre. No puede vivir en la ilusión de un espejo, de la figura formada sobre un espejo. La

esencia del hombre surge cuando está solo, pero los unos son la creación de los otros. Nuestros actos, sentimientos, deseos, que es nuestra vida toda, nacen de los demás. Un nuevo Adán, sin Lilith ni Eva, sería incapaz de pensar; así quedaría eliminado ese cáncer que es puro espejismo, pura reacción y contrarreacción. El Estagirita colocado en lo alto de su columna.

Me iba inundando otra vez la beatitud y cerré los ojos. A través de los párpados pasaba el resplandor solar y sentía en las mejillas su dulce quemazón. Apagarse así, sin darse cuenta...

—La vida carece de sentido, Samuel.

Tomé una piedra grande con la mano. El me miró sin extrañeza. Sus ojos intentaron averiguar el significado escondido de aquella vulgaridad. Le sonreí con cariño. Ahora sentía por él un gran amor.

—No vale la pena de vivir —afirmé. Tanto da estar vivo como estar muerto. Eso de palpar es una experiencia más bien desagradable.

Apreté firmemente el guijarro y me preparé para darle el golpe. Quedaría muerto sobre la pradera en flor, ensangrentada su cabeza, corriendo la sangre por su cara. Boca arriba, sus ojos no tendrían nada que preguntar a ese espacio tan alto. Yo le sonreí con infinita misericordia.

—No sabemos...

No dejaba de mirarme. No hay que tener pena de su juventud. No siento compasión por ella. El me miraba, desvalido, solo. Era un hombre que estaba ante mí. Le había abandonado el sol, las

montañas, la pradera, y yo estaba asido y penetrado de todos ellos. Pero él se mantenía fuerte.

—No sabemos —repitió. Y además, eso de acabar tiene mal fin. —Sonrió ante la redundancia. Acabamos mal, de forma indignante para nuestra limpia condición humana. Nos pudrimos, hedemos. Un feo espectáculo que me molesta.

El no sabe de mis intenciones y yo casi lloro de compasión y cariño. Quiero abrazarle estrechamente, sentir latir su corazón contra el mío. Y también tengo la alegría de nuestra liberación. La de él, natural, como es inevitable que le suceda algún día; y la mía, superior, de integración, de larga dilución contemplativa.

Samuel se levantó penosamente, despezó el cuerpo y apartó sus ojos hacia el sol. Luego volvió la cabeza en dirección opuesta. Miró con desgana. Tuvo un escalofrío.

—Bueno será que continuemos. La tarde está magnífica.

Yo estaba muy seguro de mí.

—No pienso continuar. Ya te dije que no vale la pena.

—No obstante, si nos dejamos morir —repuso él—, que sea en una cueva bien abrigada.

—Bueno, lo mismo da. Nada se pierde por un día.

Dejé caer la piedra. La cuestión del tiempo no tiene importancia. Me emparejé con él y continuamos el andar cansino. Tampoco es absolutamente necesario que le mate. Pasé un brazo por sobre su hombro.

- Has sido un buen compañero, Samuel.
Volvió su cara hacia mí con una sonrisa nueva.
—También tú, Mario.

Los tres hombres aparecieron de improviso. Apenas si tuvimos tiempo de relacionar el ruido de las caballerías con su inmediata presencia. Surgieron a la vuelta de una arboleda y quedaron tan sorprendidos como nosotros. Eran tres tipos de media edad, de tez color de teja antigua y cubiertos de vestiduras astrosas. Sus caras delgadas se cubrieron de impasibilidad y únicamente los hundidos ojillos delataron su interés. Tardé un rato en darme cuenta cabal de que su aparición significaba el término de nuestro viaje.

—Buenas tardes —saludó cortesmente Samuel.

A mí me causó risa esta salida y los tres individuos me miraron con desconfianza. Uno de ellos repuso con frialdad.

—Buenas.

Y quedaron parados con sus ojos fijos en nosotros. Había que pensar en algo que decirles, no fuera que por influencia de credos nos viéramos comprometidos. No conocemos la situación. Estas gentes suelen ser escépticas, pero en ocasiones y en grupos también son fanáticos.

—Estamos extraviados —les dije. Llevamos mucho tiempo caminando... ¿Podrían indicarnos si está próximo algún pueblo?

Uno, que tenía un tronco de puro, apagado,

colgando de los labios, hizo un gesto hacia sus espaldas.

—Sí... Está como a una legua.

Me dejé caer sentado en el suelo. Ellos continuaban sobre sus peludos jamelgos. El esfuerzo de estar en pie y el de alzar la vista me cansaba. Miré la hierba próxima.

—Bueno —le dije—, el caso es que queremos alquilarles las monturas. No podemos dar un paso más. Les pagaremos bien.

Primero se apeó el del trozo de puro y luego los otros le imitaron. El primero, dirigiéndose hacia mí, me dijo, con voz de campesino honrado:

—Eso ya se ve. No es preciso que paguen nada.

El tono de su voz me volvió a hacer reír. Hubo un corto silencio.

—Perdóneme —me disculpé—, pero es que tengo hambre, un hambre...

Samuel, a estas palabras, se removió en su sitio. Los hombres se humanizaron y perdieron su protector hieratismo.

—¡Oh, señores, cuánto lo sentimos! Traíamos alguna cosa, pero la despachamos en el almuerzo.

Los tres hicieron gestos de desconuelo y, finalmente, se nos quedaron mirando.

—No importa —les tranquilicé. Nada pasará por unas horas, después de tantas.

Nos subieron a las bestias, camino del poblado. Desde entonces perdí la atención por el contorno. Me costaba un doloroso esfuerzo mantenerme en lo alto del animal sufriendo su acompasado vaivén. De vez en cuando miraba al exterior. El

camino apenas estaba señalado y era bastante pendiente. Arboledas achaparradas alternaban con terrenos de hierba. Vi unas vacas pastando. Los hombres hablaban alto entre sí, pero no puse atención en entenderles. Esta última etapa me resultó diferentemente pesada. Sufría y deseaba encontrarme tendido en el suelo, solo, sin ruidos, dormir. Incluso se me pasó la molestia del hambre.

La inmovilidad sobre las bestias nos helaba de frío. Un frío profundo que calaba los rincones del cuerpo. Después una niebla gruesa comenzó a mojarnos. Alcé la cabeza y me dirigí al hombre que tiraba del ronzal de mi caballo; sentía vaciedad y mareos. Alcé la mano.

—Por favor...

Se detuvo.

—Voy a bajarme un rato —sus ojos me miraron interrogantes. Estoy lleno de frío y quiero caminar un poco.

—Ya estamos cerca —me repuso con un ademán de ánimo.

Me dejé resbalar a tierra. Parecía haber quedado parálítico. Después de unos torpes pasos me detuve, agarrado a la montura. Nuevamente el hombre me izó al caballo. Mis ojos veían y apenas si me daba cuenta de algo.

—Ya falta poco —repitió. Agárrese bien que es cosa de un momento.

Atravesamos una parte llana. La tierra vuelve a ser blanda y yo más tranquilo me iba dejando caer en una somnolencia amortiguadora. Sentía una mano en el liso cuero de la silla y la otra en

el pelo áspero del animal. En esto, uno de los hombres comenzó a cantar en voz baja, casi cuando los cascos pisaron los guijarros. Los golpes de los cascos despertaron resonancias que me obligaron a abrir los ojos. Estábamos en el pueblo y atravesábamos a lo largo de una calle estrecha. Un niño envuelto en una manta, pegado a la pared de una casa, nos contempló un instante. Hice un esfuerzo para tomar una postura digna y me así con las dos manos a la parte de la silla. Giré la cabeza. Samuel venía tras de mí adoptando la más extraña de las figuras, algo mezcla de payaso y de caballero antiguo.

Pronto nos detuvimos. El hombre dirigiéndose a mí, señaló una casona antigua, de dos plantas, descuidada, de fachada con desconchaduras.

—Aquí suelen admitir gente.

Mi conductor parecía ser el jefe del grupo. Dio unos golpes fuertes en la gran puerta, que aún conservaba unos clavos de bronce, grandes, como reliquia de mejores tiempos. Al cabo de unos instantes volvió a golpear.

La calle estaba en sombras. Anohecía y el cielo se presentaba cubierto. Allá, desde el principio de la calle, una masa de floja niebla avanzaba despacio. Apenas si puede distinguirse el bulto de alguna persona próxima, que pasa rozando las paredes. Una bestia estaba atada a una puerta, mansa, y un chico, quizá el mismo de antes, inclinaba la cabeza en nuestra dirección. Por fin la puerta se abrió con un ruido de frotar de hierros y asomó

la cabeza de una mujer, cubierta de un pañuelo negro.

—¿Está el señor Simón?

Nos apeamos de las bestias. Con mano aterida saqué la cartera del infeliz Acevedo y di al hombre un billete grande. Lo miró unos segundos, como dudoso, y dijo:

—No importa.

Introdujo la mano bajo de sus harapos externos, para guardarlo. Llevó la mano a la cabeza en ademán de saludo.

—Adiós, señores. Si otra vez le podemos servir...

Dio su nombre y el de sus compañeros como asimismo donde podríamos encontrarles. El ruido de los cascos se fue alejando. Atravesamos un gran zaguán húmedo y entramos en un salón destartado. Una enorme chimenea tenía en su centro un pequeño fuego. También el salón es grande, con piso de baldosas de piedra, desgastadas. No había más mobiliario que una grande y tosca mesa, unas cuantas sillas y un pequeño aparador adosado a la pared.

Un hombre de cierta edad, delgado, tieso, estrechó nuestras manos. Nos condujo hasta el fuego. Me senté en una silla, arrimándome lo más cerca posible, la cabeza recostada sobre el pecho; no puse atención a lo que decía. El hombre, compasivo, echó más leña al hogar y al poco rato volvió con unas escudillas llenas de leche. Dominando mi entorpecimiento fui bebiendo el líquido con una tranquila ansia. Luego doblé nuevamente la

cabeza y me sumí en la percepción de las llamas. El frío interior fue cediendo poco a poco y al mismo tiempo se iban dilatando nuestras almas. Los cuerpos se rescataban de algún dominio extraño y ya nos era posible ver y sentir por nosotros mismos, no como muñecos de algo que nos empujaba. Samuel, todo este tiempo, permaneció en silencio y mi sensación de él fue como de persona ausente. Pero nada importa; lo importante es que estamos con vida, una vida que se complace con la visión del fuego y que siente su calor; mi vida, que no sé qué valor tiene ni que consecuencias sacar de que exista, pero que está, en este momento, ante el crepitar de estas llamas.

Un ligero dolor en el estómago me despertó del ensueño. Me enderecé en la silla, molesto. Samuel permanecía mudo, de cara inexcrutable. El dueño, sentado al lado nuestro, nos contemplaba pensativo. Supongo que habría pasado algún tiempo desde nuestra entrada. Sobre la repisa de la chimenea ardía un voluminoso quinqué de petróleo.

—Es por la poca costumbre de comer —nos dijo el señor Simón con comprensivo conocimiento. Les duele el estómago por eso. Creo que les duele. Seguramente ustedes pasaron mucha necesidad.

Quedó un rato a la espera. Nosotros le miramos y él nos sonrió amistoso. Extrajo un paquete de cigarrillos y nos invitó a fumar.

—Cuando joven, yo también pasé las mías —dijo el señor Simón, después de encender. Vagué mucho por esos andurriales y me interné bas-

tante lejos. También, por entonces, las cosas eran diferentes. Aún no me percató con claridad por qué decayeron. Pienso, a veces, que sucedió así porque los hombres de ahora no valen lo que los de ayer. En aquel tiempo se ponía más sacrificio, más valentía; cada uno lo esperaba todo de sí mismo... Este lugar era entonces población de más tránsito, pues aunque esté en este confín, es frontera de tres Estados.

Después de tantos días sin fumar saqué poco placer del cigarrillo. Sin embargo, la costumbre pudo más y seguí tirando hasta llegar al fin. Samuel lo abandonó a la mitad; tal vez porque era una marca a la que no estábamos acostumbrados. Por lo que siguió charlando el señor Simón, estábamos al otro lado de la frontera. La noticia nos tomó cansados y no nos conmovió mucho. Además, ya lo suponíamos.

—Pues sí, unos pueblos suben y otros bajan. Mejor, casi todos van en aumento. Pero nosotros vamos para atrás. Antes teníamos una posada que hospedaba bastante gente. Ahora no hay nada. Muchas buenas casas están cerradas y poco a poco se van destruyendo, sin nadie que les eche una mano o ponga un poco de interés. Yo no soy hotelero. Una vez acogí, por compasión, a un pobre señor que no encontraba donde guarecerse. Desde entonces encaminan hacia aquí a los pocos forasteros que llegan.

Me había acostumbrado al dolor de estómago o éste iba disminuyendo. Estaba mejor. El fuego acabó por arrojar el frío del cuerpo y hasta los

pensamientos estaban menos ateridos. Pero no había roto completamente con lo anterior y a ratos me sentía como si aún estuviera vagando por el desierto y con la sensación de espacio muy adentrada: inmensidad de tierra e inmensidad de atmósfera.

El viejo continuaba con sus recuerdos.

—Yo tuve tres hijos, varones todos, que en cuanto pudieron levantar el vuelo marcharon lejos. Mi mujer ya hace años que murió. Me arreglo con esa que les dio entrada; es resabiosa y sucia, pero en el fondo nos entendemos... También yo estuve abajo cuando marchó el último de los chicos. Allá se vive bien; comprendo que no quisieran volver, ni siquiera que se les mencione este lugar. Más para mí aquello es muy caliente, malo; calor de día, tibieza de noche. Mucha charangada y mucha palabrería. Volví a mi tierra y no sabe usted de la alegría cuando de nuevo sentí el frío viento que por las tardes hace tiritar al cuerpo.

Nos vencía la modorra. El viejo, suspirando, encendió una vela y nos condujo a lo que había de ser nuestra habitación. Pequeña, pero muy alta. Arriba se ven los negros listones con sus colgajos de telarañas. Una ventana golpeada al embate del viento. El señor Simón dejó la vela en una mesilla y se fue.

Nos acostamos inmediatamente. Qué placer el tenderse sobre el blando colchón y cubrirse con las mantas. Fuera murmuraba el frío viento, de

los que gustaban al viejo, que sacudía la ventana. Inesperadamente, Samuel dijo:

—Precisamente en este pueblo estoy citado con mi mujer. No comprendo cómo pudo ocurrírseme semejante idiotez. La verdad es que escogí sobre el mapa un lugar aislado y cercano a la frontera. Ahora no sé lo que hacer. ¿Qué más daba para la reunión una verdadera ciudad?

De pronto me sorprendieron sus palabras, el hecho de haber guardado hasta el final este intrascendente secreto, pero me desentendí. Me fui quedando dormido de igual modo que se desciende por un tobogán. A la mañana siguiente, me repitió la historia. También me pareció muy duro hacer llegar a una mujer hasta estos lugares.

Hice vanos intentos para abrir la ventana; estaba tan estropeada que fue imposible. Por unas grietas penetraba la claridad del día. La vela se consumió hasta su fin y dejó una redondeada plancha de parafina sobre la mesa.

—Y no podemos movernos de aquí. Yo, no puedo. Tengo que esperarla forzosamente. De lo contrario, sabe Dios cómo podríamos encontrarnos.

Pero pensándolo bien no era tan mala la situación.

—No te olvides —le dije— que su camino no es el nuestro. Eso te está poniendo confusión. Para llegar hasta aquí hay vías transitables. Estas gentes se comunican. No pienses más en ello.

Durante los tres días siguientes ni siquiera asomamos a la calle. El desgaste del gran esfuerzo

nos situó como enfermos y apareció alguna molestia que nuestra dura marcha hizo aparecer. Pasábamos las horas en silencio, echados en nuestras camas, mientras mirábamos filtrarse la niebla a través de la ventana, finalmente abierta, o veíamos caer la lluvia en ráfagas que chocaban contra los cristales. Situada nuestra habitación en lo alto de la parte posterior, dábamos vista al campo: unos cuantos árboles grandes, próximos; praderas verdes más allá, y de fondo la cordillera con sus altos cubiertos de nieve.

Fueron unos días plácidos y sin molestias. Recibimos una oficiosa visita que nos trajo noticias inesperadas y un tanto sensacionales. Mediaba la semana de nuestra permanencia cuando el señor Simón nos comunicó el deseo del alcalde de hablar con nosotros. Estaba en el salón destartalado donde ardía el mínimo fuego de siempre. Allí hacíamos las comidas, en la gran mesa, que habíamos arrimado a la chimenea. El alcalde era un señor ya viejo, como de unos setenta años, diferente de los políticos que hasta entonces hube conocido. Su tipo y modos de comportarse respondían a otras épocas. Vestido correctamente de oscuro, de mirar sereno, era un antiguo caballero. Nos echó una mirada escrutadora, pero cortés, que no duró más de un par de segundos.

—Señores —dijo mientras estrechaba nuestras manos y daba otra mirada a nuestras facciones—, quisiera no perturbarles con mi intromisión.

Arrastró las sillas hacia el fuego. Nos sentamos todos, nosotros un tanto expectantes. El se resregó las manos ante las llamas.

—Yo no soy el alcalde y a falta de agentes (tenemos uno, pero es una calamidad) me veo obligado a realizar personalmente ciertas gestiones. Como ésta, por ejemplo. Ustedes, ¿poseen documentación?

Nos miraba con benevolencia en la que iba oculta cierta dureza o peso autoritario. Esperaba, mirándonos con entereza. Ni yo ni Samuel rompíamos el silencio. Al fin Samuel se decidió.

—La verdad es que no tenemos nada —esbozó una sonrisilla tímida.

El alcalde tomó la respuesta con mucha serenidad. Hizo un gesto suave con la mano y también sonrió.

—Bueno... Eso no tiene fundamentalmente mucho interés. La mitad de las veces nos olvidamos de los pasaportes y, mayormente, no son necesarios.

Respiré con alivio. Hablamos de asuntos entre naciones y, en la confianza, le explicamos nuestra condición de huidos políticos, disconformes. Ante esta confesión, una mueca irónica se marcó en sus labios.

—Inútil tan larga caminata, si bien de bastante mérito, y deportivamente considerada, hazañosa. Si llegan a contener su impaciencia un tiempo más, se la hubiesen ahorrado. Ese gobernante, a quien ustedes llaman el Benefactor, hace dos días que se encuentra en Europa. Le derribó un golpe de

Estado. El general no sé cuantos se alzó en armas para acabar con la tiranía.

Samuel saltó de la silla y quedó en pie. A mí, de pronto, la noticia me causó más bien amargura; en el fondo tenía estimación por mi enchufe, que había pensado recuperar. Al mismo tiempo parece que nuestra hazaña quedaba un tanto disminuida.

—Me alegro —dije, no obstante. Veremos qué pasa.

Samuel paseaba por la habitación rumiando la sorprendente noticia. El alcalde permanecía apacible, satisfecho de habernos dado una buena noticia. Me dijo:

—Dadas estas circunstancias, pueden regresar en cuanto lo deseen. Claro está que por diferente camino... Pueden quedar aquí unos días más, hasta que se repongan. El pueblo es interesante.

—Sí, sí; claro.

—No sé exactamente lo que representaba el anterior presidente de ustedes ni sus ideas de gobierno. Cada vez me alejo más de esas cosas. Se dice que el motivo principal de la revuelta fue la desaparición de gente importante del país. Ahora andan buscando cementerios secretos. La radio dice que se han descubierto varios de esos cementerios particulares para uso de las víctimas del Benefactor.

Terminó la frase con un gesto de incredulidad. A mí me tomó un poco de intranquilidad. Bueno estaría que nos registrasen y me encontraran encima la cartera con el dinero y la documentación

de un tal Acevedo, desaparecido misteriosamente. Ya podrían buscar por los cementerios secretos, reales o inventados. A estas horas no queda de él sino sus huesos esparcidos. Las rápidas alimañas del desierto ya hicieron la limpieza.

Samuel se había aproximado. Volvió a sentarse.

—¿Qué más sabe de la revolución? —inquirió.

El alcalde se encogió de hombros en expresión de ignorancia.

—Poco más de lo que les he contado. Lo que siempre sucede. Suelta de unos presos, muerte de algunos hombres, prisión de culpables. Declaraciones estrepitosas y redentoras. En fin...

La conversación fue cambiando de rumbo y era llevada por el anciano. Se encontraba satisfecho con nuestro misterio y se había quitado una preocupación. Terminó hablando de esta parte del país.

—Esta villa —contó— fue fundada en 276 y pudo haber llegado con el tiempo a tener cierta importancia. Pero con la caída de los leimos se perdió la energía para continuar. Las aglomeraciones posteriores se formaron hacia otras partes y quedamos aislados. Aquí el clima es sano, el mejor de la nación, propio para la concentración y el trabajo. Pero no sé; la gente fue perdiendo empuje y todo se lo llevó el diablo. Pero quizá esta época, con su maquinaria, nos traiga el despertar.

El alcalde habló de la iglesia, en otros tiempos catedral; de la Biblioteca, a pesar de no ser la población mucho mayor que una aldea. Era un entusiasta de este rincón del mundo. Prometimos

visitar y fijarnos en cuanto dijo. Después de tomar nuestras filiaciones y de ofrecérsenos, se marchó.

Quedamos solos. Samuel me lanzó una mirada comprensiva y se encerró en sus pensamientos. No puedo figurarme, aparte del tono general de salvación que para él representaba el derrocamiento del Tirano, hacia dónde se orientaban. Yo saqué la cartera de Acevedo de mi bolsillo y fui arrojando todos los documentos y fotografías al fuego. Únicamente me quedé con el dinero. Era una buena cantidad y no teníamos otro. Finalmente, eché la cartera sobre los leños y contemplé cómo poco a poco, y en metamorfosis, se iba destruyendo. Removí las cenizas con el hierro. Este acto tuvo cierta semejanza con lo político. Cuenta nueva. Acevedo estaba muerto. Ya llegados al pueblo a veces pensaba en él y hasta me figuré que pudiera estar vivo, salvado por Domingo, tal vez lanzado en nuestra búsqueda y sobre nuestras huellas. De una posible actuación de Domingo, en este caso, nunca he sabido nada.

Seguimos unos días encerrados. Apenas hablábamos, porque desde las primeras palabras surgieron discrepancias en cuanto a nuestra actividad futura. El sabía perfectamente qué hacer y yo estaba desorientado, vacío de proyectos. Continuaba en el mismo estado de descontento que me empujó a acompañarle en la penosa fuga. Sus cosas particulares no despertaron mi interés. No podía encajar. No me satisfacían.

Samuel se puso a escribir. Reanudaba sus trabajos literario-políticos plagados de figuras y alegorías. Eran artículos que luego, por correo, enviaba a los periódicos. Yo, por mimetismo, mandé a la vieja de la fonda a comprar algunos cuadernos escolares. (Hubimos de cambiar nuestra moneda, parte de ella, por la del país, y ello consumió algunos días). Despacio, con letra menuda, comencé a escribir el borrador del presente relato. Nos pasábamos la mañana, ambos, pegados a nuestros papeles. Por la tarde me dedicaba a releer unas cuantas revistas, que apenas podían ojearse de destrozadas y sucias. Cada tres días llegaban los periódicos y por ellos nos enteramos del desarrollo posterior de los acontecimientos. El señor Simón no tenía radio ni la quería.

Días más tarde iniciamos las salidas. Las hicimos al mediodía, después de comer, desafiando el tiempo frío y brumoso. El pueblo es antiquísimo, rectangular, de calles estrechas y rectas, empedradas con desiguales guijarros. Vimos la iglesia, relativamente grande, de paredes ya cuarteadas, y en la cual oficiaba diariamente un sacerdote con amplia jurisdicción por los alrededores. La campiña es bella: llanadas verdes en las que pacían quietos animales; algunos campos sembrados; bosquecillos ocupando las colinas... La poca gente que tropezábamos nos saludaba con parsimonia, con una rígida cortesía de arruinados hidalgos. Caminábamos amplias horas a lo largo de los senderos y, abandonadas las conversaciones del princi-

pio, volvimos a las otras, a aquellas sostenidas cuando se forjó nuestra amistad.

Una tarde, en que estábamos lejos del pueblo y refugiados bajo un gran árbol de una suave y repentina lluvia, le dije:

—Creo que tu mujer no vendrá. Con la revolución y la huida del Tirano, es posible que hayan vuelto a nuestra tierra, y allí espere tu regreso.

Samuel quedó largo tiempo pensativo. Era un aspecto que quizá ya había meditado. Por otra parte, el teniente de la policía muerto podría mantener en pie algunas dificultades. Se encogió de hombros en ademán de ignorancia.

—Aguantemos un par de días. Ya se verá...

La lluvia nos retrasó y la noche nos cogió antes de llegar al pueblo. Atravesamos la calle mayor, de casas un tanto familiares, y llegamos a nuestra posada. Con la mano en la puerta, Samuel se detuvo. Hizo como una contorsión con el cuerpo.

—Tienes razón —dijo. Mañana nos iremos.

Encendí una cerilla para atravesar el gran zaguán. Estaba figurándome en mi propia casa, sin beneficio alguno, parasitado con mis padres.

—No tenemos prisa —repuse confiadamente. Dejemos algún margen de seguridad.

Abrí la puerta y penetré en la sala. En la chimenea ardía un gran fuego, un fuego enorme, desacostumbrado. Próximo a él, sentada en una silla, estaba una mujer joven. Sin relacionarla con la esposa de Samuel, la saludé con una pequeña in-

clinación. Ella se quedó mirando fijamente hacia nosotros y se levantó.

—Buenas noches —dije.

Y la voz de mi amigo:

—¡María!

Samuel atravesó la sala y, con figura y facciones desencajadas, se adelantó hacia la mujer. Esta le sonrió con un cansancio acogedor. Llegó hasta ella para abrazarla, pero, como sobrecogido, cayó a sus pies y la enlazó por las piernas, inclinando la cabeza.

—María...

Ella puso sus manos sobre la cabeza de él, que seguía inclinado. Fue un cuadro cargado, extraño. Me recordó a algún cuadro de la Virgen acogiendo a uno de sus hijos, a uno de nosotros, y hasta sus manos tuvieron algo de extendido, de bendición y acogimiento. De su cuerpo delgado, más bien alto, parecía desprenderse una suave dulzura mística. Sus cabellos, de un rubio ceniciento, estaban recogidos atrás en un abultado copo.

La escena me molestaba por su blandura e inconveniencia. Nunca creí a Samuel capaz de este tipo de emotividades. Me aparté unos pasos y me aproximé al fuego, al otro extremo de la chimenea. Tenía frío. La humedad calaba mis ropas. Forzado por el ambiente me invadieron unas viejas ideas. Los leños ardían bien y las móviles llamas oscilaban, se acortan, se alargan. De los troncos surgen volcancitos de humo a los que pasa el fuego y arden en un surtidor alargado.

Los sentía a mi lado, unidos, comunicantes. Habían levantado en torno suyo una barrera, una pantalla que les separaba. Samuel se había alzado. Estaba en pie y la estrechaba por la cintura.

Entró el señor Simón, fondista improvisado. Hablaron entre ellos, conmigo, y se creó en el aire una cálida bola afectiva, y comimos todos juntos, arrimadas nuestras sillas al hogar. Después me encontré solo al extremo de la gran campana. Miraba el movimiento del fuego y en él estaba viendo nuestra pasada aventura. Volvieron las tremendas planicies estériles del desierto, lo largo, lo alto, la inmensidad. El penoso jadear y el caminar inconsciente por los caminos que íbamos formando. Las aves carniceras que giraban en el cielo. El aire especial de la estepa, su fluidez, su libertad, su ser. Me sentía mal en esta cocina, con estas gentes. Tuve añoranza de mis propias alucinaciones. Sentí dolor de estar aquí.

Me despiertan de la ensoñación. Es hora de recogerse. Nos despedimos los unos de los otros, hablamos con el señor Simón. La vieja sucia también está presente y cuelga de su boca una sonrisa babona. Se van y yo me quedo aún un rato ante el hogar.

Quedo solo en la gran estancia. Paseo de un lado a otro y contemplo, a la escasa claridad, las vigas negras que sostienen el techo. Paso y repaso las grandes baldosas de piedra. Todo esto está viejo, caduco, ruinoso. Es un esfuerzo antiguo que se desmorona, que se hunde.

Cansado, me acerco al fuego y me siento ante él. La casa está en silencio y yo me veo como desde fuera... Un hombre que contempla las llamas.

DOMINGO

Mario fue ese fantasma que vivió en un supuesto continente, intento de ser espejo de alguno de roca y hombres; luego quedó en el aire para no ser ninguno.

Un hombre le tocó en la paletilla. Tez clara de un lechoso rojizo.

—Perdone...

Le observaron sus ojos grises. Cuerpo achaparrado, cuarentón, vestido con inhábil traje de fiesta. Sonrió amistosamente.

—Está llano el mar, ¿verdad?

Al principio no le comprendió. Es decir, no esperaba que le hablase persona alguna sin intención definida.

—¡Ah, sí!

Se rehizo y agregó, en inútil explicación:

—Es la primera vez que hago este viaje.

El hombre miró complacido hacia la costa.

—Yo he hecho muchos, pero éste es de los mejores.

Su liso cabello estaba cuidadosamente peinado. Una cara ancha, maciza. Sus ojos, más bien grandes, le miraron con un punto de astucia.

—Desde que embarcamos, le he estado observando.

—¿Sí? —repuso; su interés no le produjo ningún contento.

—Desde el día de ayer.

Habló con satisfacción, tal vez contento de creerse un buen fisonomista.

—Tengo unas facciones muy peculiares —admitió Mario con una condescendencia forzada.

—No es sólo por eso —contestó siempre aupado en su satisfacción. Le miró sin dejar la sonrisa, volvió la vista al mar y de nuevo hacia él. Usted, en cierta manera, me pertenece, me ha correspondido.

Le era desconocido el hombre. De apariencia no culta, lo más seguro es que fuera ventero en alguna pequeña aldea. No supo contestar nada; únicamente sonreír. Ante su expresión un tanto azarada, se permitió tocarle en el brazo, protectoramente.

—Mire, permanezca tranquilo. Conozco a la gente y sé que usted es una buena persona. Hábléndole claro: el Gobierno me ha encargado de su custodia y vigilancia.

Quedó a la expectativa de su asombro. Mario quedó serio y nada repuso. Se aclaró la imagen de un grupo próximo que jugaba a los naipes, y la expresión de uno de los jugadores chupando lento un cigarro y contemplando las cartas con ojos entrecerrados. Más allá, un hombre parecía mostrar cierta delectación en la vista del mar. Segura-



mente sus agradables pensamientos no pertenecían al paisaje.

El interlocutor de Mario pareció quedar satisfecho. Sus rasgos se hicieron más amicales aún.

—Mi nombre es Bolaños. No ha de preocuparse por mí. Me ha correspondido igual misión en ocasiones anteriores y quedé con mis encomendados en las mejores relaciones de amistad. De vez en cuando, sobre todo por Navidad, me envían tarjetas.

Escupió por sobre la barandilla, frunciendo los labios en un gesto de conformidad.

—Es una misión que no me importa que se conozca. El Gobierno, teniendo en cuenta sus antecedentes, ha decidido darle vía libre. No le importa lo que usted piensa y haga con tal de que no revuelva y se torne molesto. Yo, personalmente, me alegro de que usted haya escapado y encuentre un quehacer; sé que va de profesor al Colegio. Es más tedioso cuando ustedes se destierran y, sin ocupación, se dedican al ganduleo. Trae siempre peores consecuencias.

Mario no se daba cuenta clara de si lo que tenía ante él era vanidad o peligro. Tal vez fuera una mezcla. Pero la actitud del hombre más bien calmó su temor y se decidió, en principio, a confiar, siguiendo el cauce que naturalmente le ofrecía.

—¿Vive usted en Rinconada? —le preguntó.

—Sí; allí estaremos juntos. Tengo un comercio, no muy grande, pero sí lo suficiente para defenderme. Por los asuntos del Gobierno no cobro nada. Es un trabajo que hago con gusto por

el bien de la nación... Respeto sus creencias —continuó Bolaños— porque comprendo que cada hombre tiene una cabeza y ésta tiene que funcionar como una máquina. Según sus piezas, su constitución, tal vez como la hayan programado, así funcionará; de esa manera y de ninguna otra. Mas el Benefactor ha pasado a los grandes hechos...

Hablaba campechano. Alargó el tiempo en su cálida exposición política, amistoso, conciliador. Cansaba, sin embargo.

Su entusiasmo debió haberle dado sed. Le tomó del brazo.

—Bajemos al bar. Conozco a esta gente y nos dará algo bueno.

Sorteando los grupos esparcidos por cubierta descendieron al interior por un largo tramo de escaleras con pasamanos de bronce abrigado y restos de antiguo linóleo en los peldaños.

—Pero dejemos definitivamente esto —acabó sonriente, una vez se acodaron, haciendo cuña entre la multitud, a la barra. Ya tendremos ocasión de hacer más extensos comentarios.

Se volvió de espaldas, los codos sobre el mostrador. Paseó la investigadora vista por el salón y sonrió al ver a determinada persona. Le hizo un gesto con la mano y aquélla se aproximó despaciosamente.

—Beba algo, Domingo. Este señor —agregó señalando a Mario— va a pasar una temporada con nosotros. Es profesor.

Domingo saludó respetuosamente llevando la

mano al ala del sombrero. Un sombrero de fieltro, oscuro. Miró con ojillos estudiadores. Un poco encorvado, es alto, delgado, de cara huesuda. La chaqueta le queda grande y cae formando pliegues verticales.

—Es un hombre extraordinario —completó Bolaños dándole unas palmaditas en la espalda. Posee unas facultades y unos conocimientos ciertamente asombrosos. —Se sacudió de hombros. Bueno, señores, ahí les dejo. Aún tengo alguna cosilla que hacer.

Se fue y Domingo volvió su vista a Mario. Lo hizo con un cierto aire de posesión. Esta gente está convencida de su autoridad sobre de él; su situación insegura les daba esos pujos protectores y posesivos. Le molestaba el Domingo y quiso despegarse. A forma de despedida intentó dirigirle una sonrisa, mas la expresión fue seca y desgarrada.

—Estoy cansado de permanecer aquí. Daré un paseo por la cubierta.

Le tendió la mano para despedirse. Domingo la acogió con presteza e incluso se inclinó al saludar. Una mano nervuda y fuerte.

—Siempre a su disposición.

Pero no le abandonó. Siguió tras él a la cubierta y se colocó a su lado, colocando de vez en cuando alguna palabra obsequiosa. Una hora después, le dijo:

—Si quiere cenar, esta es la mejor ocasión. Más tarde se reúne demasiada gente y cuesta hacerse servir.

—No... Prefiero hacerlo después.

Domingo le miró con un poco de curiosidad, bajando la mano que sostenía el cigarrillo.

—Como usted quiera...

Hizo un pequeño ademán y se marchó. Mario respiró ampliamente, libre del peso de su sombra. Al poco cayó de nuevo en su temor y en sus recuerdos: los padres, los abuelos, los hermanos. Pero ello no le traía sino desazón. Se movió por la cubierta hasta que la noche se hizo plena y las estrellas brillaron todas en el cielo. Soledad e inseguridad.

Cuando bajó al comedor aún quedaba bastante gente. Domingo estaba arrimado al bar, contemplando abstraído las ilustraciones de unos calendarios situados detrás de las botellas. Sin embargo, al ver a Mario abandonó su sitio y se aproximó.

—Supongo que no le molesto —se disculpó. Esperé para comer en su compañía, si no tiene inconveniente. Entiendo la marcha de esto y le va a resultar mejor y más cómodo.

Mario, en su abandono, le acogió bien.

Domingo se encargó, con unos modales adecuados que posteriormente habían de llamarle la atención, de pedir el menú. Movía las manos sobre las viandas como deteniéndolas en el aire, como si olierá o gustara con ellas. En su cara había una vaga muestra de satisfacción gastronómica, mirando los alimentos con amor. Manejaba los cubiertos según los cánones, con facilidad y ligereza. Antes de comenzar bebieron una copa de vino.

Mario, con un poco de deseo de molestar, le preguntó:

—Y usted, ¿en qué se ocupa?

No le molestó la pregunta ni separó la vista complacida de la mesa. Hizo un ligero gesto incomprensible.

—Soy abogado, pero no ejerzo mucho; me han interesado más otras cosas. Soltero, no tengo obligaciones. Así es que con muy poco me defiendo.

Mario rectificó. Para congratularse con él, le dijo:

—Dice el señor Bolaños que tiene usted facultades extraordinarias.

Evidentemente quedó complacido. Alzando la vista de la comida, repuso:

—Para entretenerle, voy a contarle una aventura que tuve con un colega suyo, hace ya diez años, y que tiene su punta de extraordinaria.

Terminaron de comer. Domingo apiló los platos y los colocó en una mesa próxima, desocupada. Anduvo a la vista para ver si cazaba algún camarero y encargó unas copas de licor. Bebió delicadamente un pequeño sorbo.

—En aquel tiempo no pertenecía el señor Bolaños al partido que ahora, con toda razón, defiende. Siempre ha tenido en su sangre la inquietud por el bien nacional y ha seguido las vías que en cada momento ha considerado más oportunas. Yo, de antiguo, he estado incondicionalmente a su servicio porque es hombre de una inteligencia y desinterés extraordinarios... En aquellos días llegó a nosotros un maestro jovencito, recién acabados

los estudios y que resultó ser un tanto subversivo. No solamente en la exposición de ideas, lo cual es justo, sino que organizó grupos cuyas actividades sobrepasaban en mucho los límites de lo legal. Aparte de los grafiteros que manchaban las paredes, incluso las de la vieja ermita... Se dispuso su detención y envió fuera del departamento. No le hubiera pasado nada grave, quizá un cambio de destino, pero le avisaron a tiempo y el muchacho se llenó de pánico y escapó hacia el interior, hacia la región desértica. Se agravó el asunto porque entonces nos enteramos que era hijo de un miembro principal de nuestro partido. Según la ruta que pudimos determinar se había adentrado en la parte peor del territorio donde su extravío y muerte, tal como iba pertrechado y en aquella época del año era seguro. Se dispuso el rescate y a mí me correspondió ir en su busca y salvación. El asunto había de quedar en secreto, en lo posible, para evitar escándalos. Yo, según se ve, era un hombre de confianza. Me enviaron a mí, aunque solamente había estado una vez en el desierto acompañando a una comisión de estudios. Pero uno se forma una idea aproximada y sabe lo que hace falta.

Domingo tiene la satisfacción de todo lo que hace: sus comidas, sus copitas, sus relatos. Su mentalidad le permite considerar satisfactoriamente las cosas de la vida.

«Llevé una cabalgadura en las primeras etapas. Después es preferible seguir a pie. En la estepa es difícil mantenerse durante algún tiempo.

Están los puntos de agua que hay que conocer muy exactamente porque la topografía de la región es igual y monótona. El muchacho me llevaba cuatro días de ventaja, pero tenida cuenta de la rapidez de mis primeras marchas creo que, al abandonar la montura bastante más allá de la última aldea, la diferencia no podía ser muy grande. Por el camino me fui informando muy bien de su trayectoria.

«A más, mi hombre ya debería estar agotado; hizo algunos trozos a pie y otros en bestias suministradas por sus partidarios. Incluso permaneció un día oculto en una vieja granja abandonada. Cuando dejé mi caballo tenía fundadas esperanzas de poder alcanzarle rápidamente... La verdadera estepa comienza de pronto, tras unas pequeñas montañas. Ya antes se nota la sequedad, pero la diferencia es grande. Piedras esparcidas, algunos matorrales espinosos que no come el ganado... Uno echa a andar hacia adelante y es seguro que por instinto, o por una no muy bien definida configuración del terreno, se va siguiendo la ruta del otro. A pesar de tener la estepa mil caminos hay uno por el que tienden a marchar todos. Llevé mi cabalgadura lo más adelante. El peón volvió atrás y seguí solo, con mi morral de provisiones, las cantimploras y el fusil.

«Pronto me percaté de que el fugitivo no era tonto o que había sido bien aconsejado. No intentaba adentrarse completamente en el desierto, sino describir un arco y retornar hacia la costa. El tiempo tranquilo permitía reconocer sus huellas.

Entonces decidí cortar camino y seguir la línea recta. Recorrer la cuerda del arco, como si dijéramos. La marcha por estos lugares es penosísima. Caminé sin parar y al amanecer del día siguiente le encontré, aunque yo fui el descubierto. Y también creo que supo quién era yo, pues su primer saludo fue un disparo. Afortunadamente sólo tenía una pistola y la distancia era demasiada. Estaba a unos cincuenta metros, agazapado tras de un matorral. Me gritó hediondo, esbirro y otras palabras del mismo estilo.

«Me eché al suelo para meditar. Con mi fusil le hubiera podido dejar seco al primer disparo, pero en este caso no podía hacerlo. El, de tanto en tanto, me soltaba una andanada de injurias. Yo tenía que actuar como de mí se esperaba, pero no sabía, verdaderamente cómo; no me apetecía morir en aquellos parajes y de una manera imbecil. Me arrastré para buscar refugio detrás de unas piedras, que aprovechó para enviarme un par de balazos. Estuve allí un rato pensativo. Fabriqué una mirilla con piedras menores y atisbé en su dirección: no se le veía. Fui examinando con cuidado los alrededores de su refugio por si se había trasladado o, peor aún, si se aproximaba para hacer un fuego eficaz y acabar conmigo. Según su estado de ánimo me hubiera matado con toda tranquilidad. Allá arriba estaba el sol, calentando fuerte. Me desprendí del morral y cantimploras y tuve un cierto temor. Aquel terreno se prestaba para reptar, tras las piedras y matojos, los surcos. Examiné cuidadosamente a mi espalda. El tiempo se me

hizo larguísimo hasta que, repentinamente, comprendí que había huido.

«Así era. Al levantarme no me hizo ningún disparo. No avancé directamente hacia adelante, sino que di un buen rodeo hasta el lugar que él ocupara. De allí partían las huellas de sus pasos internándose en el desierto. No quise seguirlas derecho para no sufrir un ataque por sorpresa; podría esperarme, cómodamente escondido, y fusilarme a boca jarro. Determinada la dirección, me hice un camino paralelo, como a unos cuatrocientos metros de distancia y de tanto en tanto hacia un zigzag para cortar el suyo y asegurarme por sus huellas de la dirección que seguía. Mi propósito era adelantarme y esperarle a él, tomarlo por la espalda, que podía realizar puesto que yo estaba fresco y él bastante cansado. Aunque tenía mis dudas de que se mostrara obediente.

Pero a pesar de mi marcha rápida no lograba adelantarle; siempre seguían sus huellas por delante de mí. Cierto que estaba mi pérdida de tiempo en mis revueltas, pero pensaba que no era para tanto. Estuvimos así un día entero y una noche. Al mediodía de la otra mañana le descubrí. Estaba apoyado en la concavidad de una roca, sentado en el suelo, completamente exhausto. Esta zona es completamente desértica y apenas si se ve algún matorral muy distanciado. El suelo es un gran piso de piedra desigual, estallado, roto. A ratos se encuentra alguna depresión con tierra y piedras menudas... En su mano tenía la pistola. Parece que

ya imposibilitado de andar tomara la decisión de esperarme y, si podía, acabar conmigo. Al poco rato, casi inmediatamente, me vio y alzando la pistola estuvo mirándome con desafío. Le hice señas de paz. El siguió con la mirada hosca y la pistola alzada. Yo dejé el fusil en el suelo mientras procuraba adelantar con tranquilidad. Sus ojos seguían clavados en mí, siguiendo mis movimientos, pero no llegó a disparar. Me detuve y le grité: —¡No le vengo a apresar!

No me repuso ni se movió. Me miraba con aquella expresión hosca y a la vez velada. Llegué hasta su lado y entonces sí que me percaté de la luz de sus ojos. Me miraba como a una alimaña, fastidiado de que pudieran existir seres como yo en el mundo. Me puse a su lado y su vista se perdió en el desierto, frente a sí, sin mover un músculo de su cara, demacrada y deshecha. Me dio lástima de él, de sus ideas, de su cansancio, de su juventud. Quise poner mi mano sobre su hombro, pero no me atreví.

—Ha sido un malentendido suyo —le dije. Nadie le persigue a usted. Sus compañeros le informaron mal. Yo he venido con el solo objeto de rescatarle, de impedir que encontrara la muerte en el páramo.

Continuó inmóvil. Únicamente la mano que sostenía la pistola fue descendiendo lenta hasta que el arma quedó apoyada en el suelo. Ante su actitud hostil yo no encontraba camino para entablar una conversación. Dije unos lugares comunes en espera de que el hielo se fuera deshaciendo.

Después permanecemos largo rato en silencio. Yo me veía en aquel muchacho y creía comprender por qué era así y lo que pensaba. Todos nos creemos capaces de arreglar el mundo, hasta el más bozal. Y si no nos atienden intentamos beneficiar a los demás por la fuerza, hacerles felices aún en contra de su voluntad. El había cerrado los ojos y apoyado la cabeza contra la roca en ademán de cansancio, suavizándose las líneas de su cara.

A veces creo que más que una idea de justicia, este tipo de acciones aparentemente políticas son el sostenimiento de nuestra personalidad. La clarificación de ese yo nuestro que no sabemos guardar para nosotros porque quedaríamos huecos. Nos hieren los sucesos, las formas de ser que van en contra de nuestras ideas. Nos vemos ofendidos y disminuidos, hasta casi atacados, por las personas que no nos creen o que son indiferentes... El estaba completamente laso; la pistola en el suelo y el cuerpo como si durmiera. Pero lo sabía despierto, que estaba así de asco del mundo en este momento de desesperación. Posiblemente muchas cosas se le presentaban como innobles, y él, la pureza entre tanto barro. Aparte de mi lástima, me fastidiaba su mucho de petulancia.

Yo desde mozalbete estudié mucho porque tuve ansias de hacerme una posición. Me vi metido, unas veces con gusto y otras no tanto, en muchos de los movimientos redentoristas de nuestro país. Apenas ha habido salvador de la patria que no me haya encandilado. Todavía estoy metido en ello y supongo que me quedarán muchos años por de-

lante. No veo cómo pueda reformarme. Estoy condenado a seguir las huellas de otros y sus fantasías o sus ansias de poder, y todas esas cosas más. Pero me estoy desviando demasiado.

Cansado, yo también me recosté contra el risco. La estepa empieza a reverberar a los rayos del sol. Una atmósfera neblinosa está sobre la tierra desierta y el horizonte se funde con el cielo en un gris blanquecino. Todas nuestras ideas comunales son pura irrealidad ante este paisaje; nos hace más trascendentes y nos envuelve un poco la idea de Dios, conciencia de soledad y un latir por sobre nuestras cabezas.

Me molestaban esos pensamientos. Me moví para ahuyentar la somnolencia. Entonces el muchacho habló por vez primera.

—¿Tiene agua?

Su voz quiso ser indiferente, neutra. Tomé una de las cantimploras, que aún estaba llena hasta la mitad, y se la tendí.

—Beba todo lo que quiera. Aún tengo otra.

La otra estaba vacía. Busqué en la mochila para darle de comer. Quedaba algo y puse parte a sus pies.

Entonces no hablamos más. Nos dejamos rendir por el cansancio y nos dormimos hasta el anochecer.

Domingo interrumpió su relato y acabó una nueva copa. Se absorbe en las imágenes ya añejas, un poco melancólica su expresión. Los camareros circulan por el pequeño comedor con ademanes

tranquilos. El jefe, tras la barra, bebía una copa de coñac. Una serena calma está sobre los objetos, después y en contraste con el anterior ajetreo.

—Continuamos allí toda la noche —prosiguió Domingo— puesto que el lugar era bueno y resguardado. Medité sobre la mejor ruta de regreso. Ver algún sitio donde encontráramos agua... Partimos al día siguiente por la mañana y tuvimos suerte. Hacia el mediodía dimos con ella en un pequeño cañón, apenas un charco de un par de litros resguardados por la profunda tajadura. Pero fue suficiente para beber y llenar las cantimploras. El resto de la comida lo acabamos aquella misma jornada.

La huraña oposición que me tenía el muchacho fue suavizándose en cuanto nos vimos envueltos en las mismas penalidades. Otras cosas me inquietaban... Por cierto, que ahora recuerdo su nombre; es poco corriente y por ello tuve dificultad, mi memoria es buena. Se llama Vladimiro Istúriz. Tal vez lo conoce usted; apenas si le aventaja un par de años.

Detuvo el relato mirándole a los ojos en espera de su respuesta. Mario anduvo por los recovecos de su memoria; estaba seguro de que nunca lo había oído nombrar. Así se lo dijo, pero Domingo insistió:

—Tiene usted que conocerle. Se ha destacado algo en actividades políticas.

Un nuevo esfuerzo concentrativo fue inútil.

—Será muy conocido —repuso—, pero la verdad es que yo me trato con poca gente. Quizá

algún día me lo presentaron, pudiera ser, pero no lo recuerdo.

Domingo desvió lentamente la mirada y continuó con su historia.

—Como le decía, el terreno se me presentaba, quizá debido a mi debilidad, con una apariencia inquietante. Estábamos perdidos, pese a nuestra orientación por el sol. De todas formas, pronto habríamos de llegar al borde de la estepa y descubrir alguna aldeíta periférica. Y entonces dio comienzo a uno de esos hechos extraños, a uno de esos a que se refirió el señor Bolaños cuando hizo nuestra presentación.

Completamente agotados llegamos una tarde ante una pared abrupta. Primero hubimos de atravesar un bosquecillo de árboles pequeños, raquíticos y esparcidos. La muralla montañosa se extendía indefinidamente a derecha e izquierda. Ante nosotros, la pared se opone; parece que vibra lento y como cargada de oculto espíritu de hombre. Yo estaba deshecho y turbado, a más de por la caminata, por esta aparición. No existía en la estepa tal murallón; era algo de tanto bulto que lo hubieran reconocido, caso de existir, hasta los niños de las escuelas. Estaba cortando perpendicularmente nuestra ruta, el camino del sol. Recorrerla paralelamente, en cualquiera de sus dos sentidos, equivalía a morir en el desierto. Y tampoco estaba la atmósfera del desierto, seca, de un color característico. Miré a la altura y ésta se perdía en una neblinosa penumbra. La pared era absoluta y completamente vertical, resquebrajada, llena

de grietas. En ellas incrustaban sus torcidas raíces unos arbustos como brezos, de ramas duras, atormentadas, sombrías. Quedé conmovido ante una marea emocional turbia, fácil de comprender, pero por detrás de ella había otra emoción extraña, perteneciente casi a un mundo diferente. El muchacho también estaba como absorto en la contemplación de un insólito espectáculo. En una inspiración, se separó de mí y agarrándose a las raíces y a las córneas ramas comenzó a subir.

Fui tras él. No resultaba fácil la subida. No sé cómo, pero por aquella escala vegetal estuvimos ascendiendo tiempo, dominando el terrible cansancio y el dolor del cuerpo...

Y entonces, mientras Domingo se complacía en el relato, Mario tuvo como una iluminación y apenas si pudo contener un sobresalto. Conocía, en efecto, al tal Vladimiro, conocimiento lejano y poco confortador. Perdió el hilo de la historia y se hundió en otra que tuvo nefastas consecuencias.

—Le parecerá demencia —oyó a Domingo, cuando reflexivamente le echó un largo vistazo—, pero para nosotros había desaparecido el tiempo normal. Desapareció para nosotros el día, la noche, las estrellas. Estábamos en un eterno crepúsculo sin fin; el tiempo se confundía con la brisa que nos rodeaba, con los golpes de nuestros corazones. Así iba pasando, con el ligero balanceo de las ramitas tiernas, con el deslizarse de una gota de agua por la hoja de un helecho... Ascendíamos siempre, un tiempo y otro.

Mario, meses después, había de conocer esta experiencia, posiblemente en los mismos parajes. Pero ahora piensa que el diablo se debe aburrir en un tiempo sin medida. No puede estar atado de continuo a su idóneo pensamiento. Es imposible que esté en permanente producción de frases lapidarias o de antología; con seguridad tiene sus lapsos de distracción... Al parecer de Mario, en un momento dado, Domingo, sin interrumpir su relato, se quedó flojo y estrábico. Pero se recuperó pronto y clavó en él su mirada, con fijeza, casi fieramente.

Continuaba Domingo:

—Un día lloré de lástima de mí mismo. Un compasivo dolor de mi martirio. Lloraba con lágrimas nada más, que surgían solas, doloridas. Tanto tiempo subiendo por la muralla sin fin... El muchacho me contemplaba, pero nada dijo. Yo esperaba alguna palabra afectuosa. Finalmente, puso una mano sobre mi hombro y movió la cabeza. Habló la boca para hablarme, pero no emitió sonido alguno. Era como un pez que daba lentas boqueadas fuera del agua. Al ver la inutilidad de su intento inclinó pesadamente la cabeza. La alzó con trabajo y me miró. Quería transmitirme algo con sus ojos. Yo denegué pesaroso porque nada entendía.

(Mario piensa: ¿Qué haría yo si fuera diablo? Me parece una transformación liberadora y en cierto modo grandiosa. Mejor aún que introducirme en el cuadro de los espantapájaros y perderme detrás de su primer paisaje. Siento una emotiva pre-

sión en mis entrañas ante las innumerables, infinitas posibilidades. Aunque pienso que al principio me contentaría con sentarme en lo alto de una muy elevada montaña y estar un par de siglos, hasta que destruya el matemático pasar del tiempo, hasta que me purificara, por así decirlo, y fuera un diablo santo.)

—Me entraron nuevamente ganas de llorar —contaba Domingo—, pero no por mí, sino por mi desgraciado compañero. Nos quedaban algunas tiras de trapo como vestigios de nuestras ropas. Su cara sustentaba mínima parte de carne y una piel oscura, áspera, apergaminada, se adhería rugosamente al hueso. La mirada era otra; desapareció la petulancia y brilla una lucecita en cada pupila como destello inquietante de irracionalidad animal. En el tórax desnudo los huesos se marcan como armadura de embarcación. Únicamente las manos eran gruesas, con un desarrollo monstruoso. Estaba, estábamos hechos unos detritus de hombres. Me observé también, con menos tristeza, y apenas si hice caso de mis rodillas callosas y de mis pies, una masa disforme, dura, de donde surgían los bultos ovalados de los dedos. El se dio cuenta de mi examen e hizo un guiño de sonrisa para confortarme. Con su deforme mano intentó tocar mi deforme rodilla. Pasaron largos instantes antes de que dijéramos una sola palabra y quizá pensábamos en lo mismo: en el viejo y perdido sueño que pudiera representar este acantilado, ansia que renace por tiempos para luego desaparecer.

(Mario piensa en la muerte del amigo: En aquella ocasión tuve el conocimiento primero de que se muere para siempre. Un desolador saber; un vértigo de la oscuridad, de la nada, de la negación absoluta, de la disolución de un punto en el inacabable espacio... Y aquí está este Domingo, hablando con placer. Ya no me observa, sino que tiene la mirada hundida en su propia narración. ¿Este y su historia son inocentes o existe escondida una infantil trampa?)

«No podíamos continuar el ascenso. Miré hacia arriba y siempre lo alto se pierde en un cielo brumoso —terminaba ya Domingo. Me detuve y así de una pierna a mi compañero.

—Es imposible —le dije con una voz surgida extrañamente de mi pecho. Debemos volver atrás.

El miró hacia los lados y asintió con la cabeza.

Desde aquel momento comenzamos el retroceso.

Una vez se quebró una rama y quedé colgado sobre el abismo, bamboleando en medio de los cielos.

Seguimos descendiendo y descendiendo.

Un día, por fin, llegamos nuevamente a la llanura.

Domingo concluyó su relato y estaba como ensañante, indiferente a la impresión causada. Miraba su copa vacía y con la mano la forzaba a girar lentamente. Esbozó una sonrisa un poco avergonzada.

—Tal vez le parezca a usted que acabo de contarle un sueño o fantasía. No pasaríamos tanto tiempo en los acantilados del cielo, pero cuando regresamos al pueblo estábamos deformes y desnudos y, sobre todo, habían transcurrido semanas desde nuestra partida.

Se contempló las manos. Suspiró y, encogiéndose de hombros, le sonrió nuevamente.

—Mañana —dijo levantándose— estaremos en nuestra pequeña ciudad.

Y toda esta historia no sirve solamente para aclarar algo de Domingo, que aparece en la aventura de Mario como un muñeco que asoma para luego, de inmediato, desaparecer. Existen más entrecruzamientos. El joven profesor profundamente justiciero, insolente, generoso, a quien Domingo rescatara, fue, al cabo de los diez años, el teniente de policía, el agente del Tirano, a quien Samuel dio muerte.

taller ediciones JB

autores canarios

colección taller uno
ediciones económicas de
bolsillo

formato 11 × 18

serie: crítica literaria/ensayo

- 7 Domingo Pérez Minik
*La novela extranjera
en España*
- 16 Juan Marichal
Tres voces de Pedro Salinas

serie: creación
literaria/narrativa

- 3 Juan Cruz Ruiz
*Crónica de la nada
hecha pedazos*
(3.ª edición)
- 9 Emilio Sánchez-Ortiz
P. DEM. A3S
- 13 Agustín Espinosa
*Crimen, Lancelot 28º-7º,
Media hora jugando
a los dados*
(Prólogo Alfonso de Armas)
- 15 Luis Alemany
Los puercos de Circe
- 23 Juan Cruz Ruiz
Naranja
- 27 Emilio Sánchez-Ortiz
O

colección taller siete
BiblioteCan
formato 11 x 19

serie: narrativa canaria
contemporánea

- 1 Manuel Padorno
Quieren Tañerme (poesía)
(En preparación)
- 2 Elfidio Alonso
Con los dedos en la boca
- 3 Fernando G. Delgado
Tachero
- 4 Juan Manuel García Ramos
Bumerán
- 5 Félix Francisco Casanova
El don de Vorace
- 6 Pórfido Santos John
El exterminio de la luz
- 7 Víctor Ramírez
Cuentos Cobardes
- 8 Isaac de Vega
Parbelios

taller ediciones JB

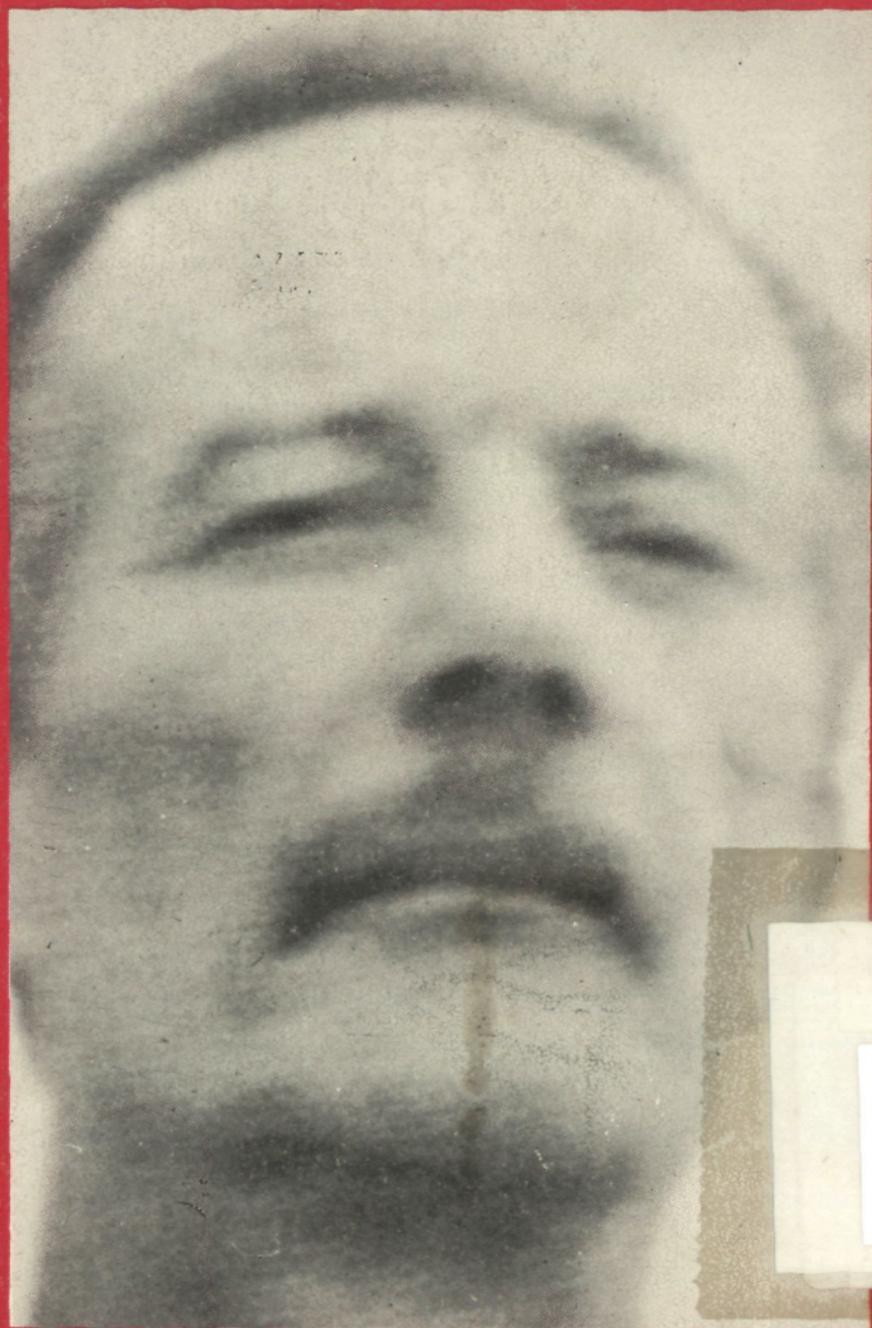
BIBLIOTECA POPULAR CANARIA

- serie: política
 - colección
 - cuadernos canarios
 - 1 Colectivo PC de C
Salvar Canarias
 - 2 José A. Alemán
Canarias hoy
 - colección
 - documentos canarios
 - Colectivo PCU
Pueblo Canario Unido
- serie: poesía
 - colección
 - paloma atlántica
 - 1 Agustín Millares Sall
Desde aquí
 - 2 Manuel Padorno
Coral Juan García
 - 3 José María Millares Sall
Hago mía la luz
 - 4 Eugenio Padorno
Comedia
 - 5 Pino Betancor
Palabras para un año
nuevo
 - 6 Alfonso O'Shanahan
Una canción una patria
 - 7 José Luis Pernas
Renacimiento
 - 8 José Caballero Millares
Manifiesto
 - 9 Baltasar Espinosa
Hornas
 - 11 Pedro García Cabrera
Ojos que no ven
 - 12 Félix Casanova de Ayala
Cancionero del mítin
 - 13 Julio Tovar
Cotidiana
 - 14 Carlos Pinto Grote
Solo el azul
 - 16 Rafael Arozarena
Silbato de tinta amarilla
 - 18 Fernando García-Ramos
Más claro que el agua
 - 19 Arturo Maccanti
De una fiesta oscura
 - 20 Nicolás Estévez
Canarias
 - 21 Alberto Pizarro
Balkan B-727
 - 22 Miguel Martín
Estancias

- | | | | |
|----|---|----|--|
| 23 | Félix Francisco Casanova
Una maleta llena de hojas | 28 | Manuel González Sosa
A pesar de los vientos |
| 25 | Andrés Doreste Zamora
Manual de Historia | 29 | Lázaro Santana
Cuaderno guanche |
| 26 | Pedro Lezcano
Romances | 30 | B. Cairasco de Figueroa
42 Octavas reales |
| 27 | José Luis Gallardo
Versos de la cárcel | 31 | Andrés Sánchez Robayna
Abofida |

taller siete
*Bibliote*Can

ISBN 84 7330 076 9



taller ediciones JB